

MOCEDADES DEL CID



GUILLEN DE CASTRO

Guillen de Castro

Mocedades del Cid

bajalibros.com

Bajalibros.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las

sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o

procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

ISBN 978-987-678-834-2

Publisher: Vi-Da Global S.A.

Copyright: Vi-Da Global S.A.

Domicilio: Costa Rica 5639 (CABA)

CUIT: 30-70827052-7

Mocedades del cid Guillén de Castro

Personajes que hablan en ella

- El REY, don Fernando
- La REINA, su mujer
- El PRÍNCIPE, don Sancho
- La INFANTA, doña Urraca
- DIEGO Laínez, Padre del Cid
- RODRIGO, el Cid
- El CONDE Lozano
- JIMENA Gómez, hija del Conde
- ARIAS Gonzalo
- Per ANSURES
- HERNÁN Díaz, hermano del Cid
- BERMUDO Laín, hermano del Cid
- ELVIRA, criada de Jimena Gómez
- Un MAESTRO de armas del Príncipe
- MARTÍN González
- Un REY MORO
- Cuatro MOROS
- Un PASTOR
- Un GAFO
- Acompañamiento

Acto primero

Salen el REY, don Fernando y DIEGO Laínez, los dos de barba blanca y el DIEGO Laínez decrépito. Arrodíllase delante el REY, y dice: DIEGO: Es gran premio a mi lealtad. REY: A lo que debo, me obligo. DIEGO: Hónrale tu majestad. REY: Honro a mi sangre en Rodrigo. Diego Laínez, alzad. Mis propias armas le he dado para armalle caballero. DIEGO: Ya, señor, las ha velado, y ya viene... REY: Ya lo espero. DIEGO: ... excesivamente honrado, pues don Sancho mi señor, mi príncipe, y mi señora la reina, le son, señor, padrinos. REY: Pagan agora lo que deben a mi amor. *Salen la REINA, y el PRÍNCIPE don Sancho, la INFANTA doña Urraca, JIMENA Gómez, RODRIGO, el CONDE Lozano, ARIAS Gonzalo, y Per ANSURES* URRACA: ¿Qué te parece, Jimena, de Rodrigo? JIMENA: Que es galán. (Y que sus ojos le dan *Aparte* al alma sabrosa pena.) REINA: ¡Qué bien las armas te están! ¡Bien te asientan! RODRIGO: ¿No era llano, pues tú les diste los ojos, y Arias Gonzalo la mano? ARIAS: Son del cielo tus despojos, y es tu valor castellano. [*Hablan al REY*] REINA: ¿Qué os parece mi ahijado? PRÍNCIPE: ¿No es galán, fuerte y lucido? [*Habla a Per ANSURES*] CONDE: Bravamente le han honrado los reyes. ANSURES: Extremo ha sido. RODRIGO: ¡Besaré lo que ha pisado quien tanta merced me ha hecho! REY: Mayores las merecías. ¡Qué robusto, qué bien hecho! Bien te vienen armas mías. RODRIGO: Es tuyo también mi pecho. REY: Llegémonos al altar del santo patrón de España. DIEGO: No hay más glorias que esperar. RODRIGO: Quien te sirve y te acompaña, al cielo puede llegar. *Corren una cortina y parece el altar de Santiago, y en él una fuente de plata, una espada y unas espuelas doradas.* REY: Rodrigo, ¿queréis ser caballero? RODRIGO: Sí, quiero. REY: Pues Dios os haga buen caballero. Rodrigo, ¿queréis ser caballero? RODRIGO: Sí, quiero. REY: Pues Dios os haga buen caballero. Rodrigo, ¿queréis ser caballero? RODRIGO: Sí, quiero. REY: Pues Dios os haga buen caballero. Cinco batallas campales venció en mi mano esta espada, y pienso dejarla honrada a tu lado. RODRIGO: Extremos tales mucho harán, señor, de nada. Y así, porque su alabanza llegue hasta la esfera quinta, ceñida en tu confianza la quitaré de mi cinta, colgaréla en mi esperanza. Y, por el ser que me ha dado y tuyo, que el cielo guarde. de no volvérmela al lado hasta estar asegurado de no hacértela cobarde, que será habiendo vencido cinco campales batallas. CONDE: (¡Ofrecimiento atrevido!) *Aparte* REY: Yo te daré para dallas la ocasión que me has pedido. Infanta, y vos le poné la espuela. RODRIGO: ¡Bien soberano! INFANTA: Lo que me mandas haré. RODRIGO: Con un favor de tal mano, sobre el mundo pondré el pie. *Pónale [la INFANTA] doña Urraca las espuelas* INFANTA: Pienso que te habré obligado. Rodrigo, acuérdate de esto. RODRIGO: Al cielo me has levantado. JIMENA: (Con la espuela que le ha puesto *Aparte* el corazón me ha picado.) RODRIGO: Y tanto servirte espero, como obligado me hallo. REINA:

Pues eres ya caballero, ve a ponerte en un caballo, Rodrigo, que darte quiero. Y yo y mis damas saldremos a verte salir en él. PRÍNCIPE: A Rodrigo acompañemos. REY: Príncipe, salid con él. ANSURES: (Ya estas honras son extremos.) *Aparte* RODRIGO: ¿Qué vasallo mereció ser de su rey tan honrado? PRÍNCIPE: Padre, ¿y cuándo podré yo ponerme una espada al lado? REY: Aún no es tiempo. PRÍNCIPE: ¿Cómo no? REY: Pareceráte pesada, que tus años tiernos son. PRÍNCIPE: Ya desnuda o ya envainada, las alas del corazón hacen ligera la espada. Yo, señor, cuando su acero miro de la punta al pomo con tantos bríos le altero, que a ser un monte de plomo me pareciera ligero. Y si Dios me da lugar de ceñilla, y satisfecho de mi pujanza, llevar en hombros, espalda y pecho, gola, peto y espaldar, verá el mundo que me fundo en ganalle; y si le gano, verán mi valor profundo sustentando en cada mano un polo de los del mundo. REY: Sois muy mozo, Sancho; andad. Con la edad daréis desvío a ese brío. PRÍNCIPE: ¡Imaginad que pienso tener más brío cuanto tenga más edad! RODRIGO: En mí tendrá vuestra alteza para todo un fiel vasallo. CONDE: (¡Qué brava naturaleza!) *Aparte* PRÍNCIPE: Ven y pondráste a caballo. ANSURES: (Será la misma braveza!) *Aparte* REINA: Vamos a vellos. DIEGO: Bendigo, hijo, tan dichosa palma. REY: (¡Qué de pensamientos sigo!) *Aparte* JIMENA: (¡Rodrigo me lleva el alma!) *Aparte* INFANTA: (¡Bien me parece Rodrigo!) *Aparte* *Vanse y quedan el REY, el CONDE Lozano, DIEGO Laínez, ARIAS Gonzalo y Per ANSURES* REY Conde de Orgaz, Persanrules, Laínez, Arias Gonzalo, los cuatro que hacéis famoso nuestro consejo de estado, esperad, volved, no os vais; sentaos, que tengo que hablaros. *Siéntanse todos cuatro, y el REY en medio de ellos* Murió Gonzalo Bermúdez que del príncipe don Sancho fue ayo, y murió en el tiempo que más le importaba el ayo. Pues dejando estudio y letras el príncipe tan temprano, tras su inclinación le llevan guerras, armas y caballos. Y siendo de condición tan indomable, y tan bravo, que tiene asombrado el mundo con sus prodigio extraños, un vasallo ha menester que, tan leal como sabio, enfrene sus apetitos con prudencia y con recato. Y así, yo viendo, parientes más amigos que vasallos, que es mayordomo mayor de la reina Arias Gonzalo, y que de Alonso y García tiene la cura a su cargo Peransures, y que el conde por muchas causas Lozano, para mostrar que lo es, viste acero y corre el campo, quiero que a Diego Laínez tenga el príncipe por ayo; pero es mi gusto que sea con parecer de los cuatro, columnas de mi corona, y apoyos de mi cuidado. ARIAS: ¿Quién como Diego Laínez puede tener a su cargo lo que importa tanto a todos, y al mundo le importa tanto? ANSURES: ¿Merece Diego Laínez tal favor de tales manos? CONDE: Sí, merece; y más agora, que a ser contigo ha llegado preferido a mi valor tan a costa de mi agravio. Habiendo yo pretendido el servir en este cargo al príncipe mi señor, que el cielo guarde mil años, debieras mirar, buen rey, lo que siento y lo que callo por estar en tu presencia, si es que puedo sufrir tanto. Si el viejo Diego Laínez con el peso de los años, caduca ya, ¿cómo puede siendo caduco, ser sabio? Y cuando al príncipe enseñe lo que entre ejercicios varios debe hacer un caballero en las plazas y en los campos, ¿podrá, para dalle ejemplo, como yo mil veces hago, hacer una lanza astillas, desalentando un caballo? Si yo... REY: ¡Baste! DIEGO: Nunca, conde, anduvistes tan lozano. Que estoy caduco confieso, que el tiempo, en fin, puede tanto. Mas caducando, durmiendo, feneciendo, delirando, ¡puedo, puedo enseñar yo lo que muchos ignoraros! Que si es verdad que se muere cual se vive, agonizando, para vivir daré ejemplos, y valor para imitallos. Si ya me faltas las fuerzas para con pies y con brazos hacer de lanzas astillas y desalentar caballos, de mis hazañas escritas daré al príncipe un traslado, y aprenderá en lo que hice, si no aprende en lo que hago. Y verá el mundo, y el rey, que ninguno en lo criado merece... REY: ¡Diego Laínez! CONDE: ¡Yo lo merezco... REY: ¡Vasallos! CONDE: ...tan bien como tú, y mejor! REY: ¡Conde! DIEGO: Recibes engaño. CONDE: Yo digo... REY: ¡Soy vuestro rey! DIEGO: ¿No dices?... CONDE: Dirá la mano lo que ha callado la lengua! *Dale una bofetada* ANSURES: ¡Tente!... DIEGO: ¡Ay, viejo desdichado! REY: ¡Ah, de mi guarda...! DIEGO: ¡Dejadme! REY: ¡Prendedle! CONDE: ¿Estás enojado? Espera, excusa alborotos, rey poderoso, rey magno, y no los habrá en el mundo de habellos en tu palacio. Y perdónale esta vez a esta espada y a esta mano el perderte aquí el respeto, pues tantas y en tantos años fue apoyo de tu corona, caudillo de tus soldados, defendiendo tus fronteras, y vengando tus agravios. Considera que no es bien que prendan los reyes sabios a los hombres como yo, que son de los reyes manos, alas de su pensamiento, y corazón de su estado. REY: ¿Hola? ANSURES: ¿Señor? ARIAS: ¿Señor? REY: ¿Conde? CONDE: Perdona. REY: ¡Espera villano! *Vase el CONDE* ¡Seguidle! ARIAS: ¡Parezca agora tu prudencia, gran Fernando! DIEGO: Llamalde, llamad al conde, que venga a ejercer el cargo de ayo de vuestro hijo, que podrá más bien honrallo; pues que yo sin honra quedo, y él lleva, altivo y gallardo, añadido al que tenía el honor que me ha quitado. Y yo me iré, si es que puedo, tropezando en cada paso con la carga de la afrenta sobre el peso de los años, donde mis agravios llore hasta vengar mis agravios. REY: ¡Escucha, Diego Laínez! DIEGO: Mal parece un afrentado en presencia de su rey. REY: ¡Oíd! DIEGO: ¡Perdonad, Fernando! (¡Ay,

sangre que honró a Castilla!) *Aparte Vase DIEGO Laínez* REY: ¡Loco estoy! ARIAS: Va apasionado. REY: Tiene razón. ¿Qué haré, amigos? ¿Prenderé al conde Lozano? ARIAS: No, señor; que es poderoso, arrogante, rico y bravo, y aventuras en tu imperio tus reinos y tus vasallos. Demás de que en casos tales es negocio averiguado que el prender al delincuente es publicar el agravio. REY: Bien dices. Ve, Peransures, siguiendo al conde Lozano. *A ARIAS Gonzalo* Sigue tú a Diego Laínez. Decid de mi parte a entrambos que, pues la desgracia ha sido en mi aposento cerrado y está seguro el secreto, que ninguno a publicarlo se atreva, haciendo el silencio perpetuo; y que yo lo mando so pena de mi desgracia. ANSURES: ¡Notable razón de estado! *A ARIAS Gonzalo* REY: Y dile a Diego Laínez que su honor tomo a mi cargo, y que vuelva luego a verme. *A Per* ANSURES Y di al conde que le llamo, y le aseguro. Y veremos si puede haber medio humano que componga estas desdichas. ANSURES: Iremos. REY: ¡Volved volando! ARIAS: Mi sangre es Diego Laínez. ANSURES: Del conde soy primo hermano. REY: Rey soy mal obedecido, castigaré mis vasallos. *Vanse. Sale RODRIGO con sus hermanos HERNÁN Díaz y BERMUDO Laín que le salen quitando las armas* RODRIGO: Hermanos, mucho me honráis. BERMUDO: A nuestro hermano mayor servimos. RODRIGO: Todo el amor que me debéis, me pagáis. HERNÁN: Con todo habemos quedado. Que es bien que lo confesamos, envidiando los extremos con que del rey fuiste honrado. RODRIGO: Tiempo, tiempo vendrá, hermanos, en que el rey, placiendo a Dios, pueda emplear en los dos sus dos liberales manos, y os dé con los mismos modos el honor que merecí; que el rey que me honra a mí, honra tiene para todos. Id colgando con respeto sus armas, que mías son; a cuyo heroico blasón otra vez juro y prometo de no ceñirme su espada, que colgada aquí estará de mi mano, y está ya de mi esperanza colgada, hasta que llegue a vencer cinco batallas campales. BERMUDO: ¿Y cuándo, Rodrigo, sales al campo? RODRIGO: A tiempo ha de ser. *Sale DIEGO Laínez con el báculo partido en dos partes* DIEGO: ¿Agora cuelgas la espada, Rodrigo? HERNÁN: ¡Padre! BERMUDO: ¡Señor! RODRIGO: ¿Qué tienes? DIEGO: (No tengo honor.) *Aparte* ¡Hijos! RODRIGO: ¡Dile! DIEGO: Nada, nada... ¡Dejadme solo! RODRIGO: ¿Qué ha sido? (De honra son estos enojos *Aparte* Vertiendo sangre de los ojos con el báculo partido...) DIEGO: ¡Salíos fuera! RODRIGO: Si me das licencia, tomar quisiera otra espada. DIEGO: ¡Esperad fuera! ¡Salte, salte como estás! HERNÁN: ¡Padre! BERMUDO: ¡Padre! DIEGO: (¡Más se aumenta *Aparte* mi desdicha!) RODRIGO: ¡Padre amado! DIEGO: (Con una afrenta os he dado *Aparte* a cada uno una afrenta.) ¡Dejadme solo...! BERMUDO: Crüel es su pena. HERNÁN: Yo la siento. DIEGO: (¡Que se caerá este aposento *Aparte* si hay cuatro afrentas en él!) ¿No os vais? RODRIGO: Perdona... DIEGO: (¡Qué poca *Aparte* es mi suerte!) RODRIGO: (¿Qué sospecho? *Aparte* Pues ya el honor en mi pecho toca a fuego, al arma toca.) *Vanse los tres* DIEGO: ¡Cielos! ¡Peno, muero, rabio!... No más, báculo roto, pues sustentar no ha podido sino al honor, al agravio. Mas nos os culpo, como sabio. Mal he dicho, perdonad. Que es ligera autoridad la vuestra, y sólo sustenta no la carga de una afrenta, sino el peso de una edad. Antes con mucha razón es vengo a estar obligado, pues dos palos me habéis dado con que venga un bofetón. Mas es liviana opinión que mi honor fundarse quiera sobre cosa tan ligera. Tomando esta espada, quiero llevar báculo de acero y no espada de madera. *Ha de haber unas armas colgadas en el tablado y algunas espadas* Si no me engaño, valor tengo que mi agravio siente. ¡En ti, en ti, espada valiente, ha de fundarse mi honor! De Mudarra el vengador eres; tu acero afamado desde el uno al otro polo; pues vengaron tus heridas la muerte de siete vidas, ¡venga en mí un agravio solo! ¿Esto es blandir o temblar? Pulso tengo todavía; aún hierve mi sangre fría, que tiene fuego el pesar. Bien me puedo aventurar; mas, ¡ay cielo!, engaño es, que cualquier tajo o revés me lleva tras sí la espada, bien en mi mano apretada y mal segura en mis pies. Ya me parece de plomo, ya mi fuerza desfallece, ya caigo, ya me parece que tiene a la punta el pomo. Pues, ¿qué he de hacer? ¿Cómo, cómo con qué, con qué confianza daré paso a mi esperanza, cuando funda el pensamiento sobre tan flaco cimiento tan importante venganza? ¡Oh, caduca edad cansada! Estoy por pasarme el pecho. ¡Ah, tiempo ingrato! ¿Qué has hecho? ¡Perdonad, valiente espada! ¡Y estad desnuda y colgada que no he de envainaros, no! Que pues mi vida acabó donde mi afrenta comienza, teniéndoo a la vergüenza, diréis la que tengo yo. ¡Desvanéceme la pena! Mis hijos quiero llamar; que aunque es desdicha tomar venganza con mano ajena, el no tomalla condena con más veras al honrado. En su valor he dudado, teniéndome suspendido, el suyo por no sabido, el mío por acabado. ¿Qué haré?... No es mal pensamiento. ¡Hernán Díaz! *Sale HERNÁN Díaz* HERNÁN: ¿Qué me mandas? DIEGO: Los ojos tengo sin luz, la vida tengo sin alma. HERNÁN: ¿Qué tienes? DIEGO: ¡Ay hijo! ¡Ay hijo! Dame la mano. Estas ansias con este rigor me aprietan. *Tómale la mano a su hijo, y apriétala lo más fuerte que pudiere* HERNÁN: ¡Padre, padre! ¡Que me matas! ¡Suelta, por Dios, suelta! ¡Ay cielo! DIEGO: ¿Qué tienes? ¿Qué te desmaya? ¿Qué lloras, medio mujer? HERNÁN: ¡Señor!... DIEGO: ¡Vete! ¡Vete! ¡Calla! ¿Yo te di el ser? No es posible... ¡Sale fuera! HERNÁN: ¡Cosa extraña! *Vase*

DIEGO: ¡Si así son todos mis hijos, buena queda mi esperanza! ¡Bermudo Laín! *Sale BERMUDO Laín* BERMUDO: ¿Señor? DIEGO: Una congoja, una basca tengo, hijo. Llega, llega... ¡Dame la mano! *Apriétale la mano* BERMUDO: Tomalla puedes. ¡Mi padre! ¿Que haces? ¡Suelta, deja, quedo, basta! ¿Con las dos manos me aprietas? DIEGO: ¡Ay, infame! Mis manos flacas ¿son las garras de un león? Y aunque lo fueran, ¿bastaran a mover tus tiernas quejas? ¿Tú eres hombre? ¡Vete, infamia de mi sangre! BERMUDO: Voy corrido. *Vase* DIEGO: ¿Hay tal pena? ¿Hay tal desgracia? ¿En qué columnas escriba la nobleza de una casa que dio sangre a tantos reyes? Todo el aliento me falta. ¿Rodrigo? *Sale RODRIGO* RODRIGO: ¿Padre? Señor, ¿Es posible que me agravias? Si me engendraste el primero, ¿cómo el postrero me llamas? DIEGO: ¡Ay hijo! Muero... RODRIGO: ¿Quetienes? DIEGO: ¡Pena, pena, rabia, rabia! *Muérdete un dedo de la mano fuertemente* RODRIGO: ¡Padre! ¡Soltad en mal hora! ¡Soltad, padre, en hora mala! ¡Si no fuéades mi padre, diéaos una bofetada! DIEGO: Ya no fuera la primera. RODRIGO: ¿Cómo? DIEGO: ¡Hijo, hijo del alma! ¡Ese sentimiento adoro, esa cólera me agrada, esa braveza bendigo! ¡Esa sangre alborotada que ya en tus venas revienta, que ya por tus ojos salta, es la que me dio Castilla, y la que te di heredada de Laín Calvo y de Nuño, y la que afrentó en mi cara el conde... el conde de Orgaz... ése a quien lozano llaman! ¡Rodrigo, dame los brazos! ¡Hijo, esfuerza mi esperanza, y esta mancha de mi honor que al tuyo se extiende, lava con sangre; que sangre sola quita semejantes manchas! Si no te llamé el primero para hacer esta venganza, fue porque más te quería, fue por más te adoraba; y tus hermanos quisiera que mis agravios vengaran por tener seguro en ti el mayorazgo en mi casa. Pero pues los vi, al proballos tan sin bríos, tan sin alma, que cobraron mis afrentas, y crecieron mis desgracias. ¡A ti te toca, Rodrigo! Cobra el respeto a estas canas; poderoso es el contrario y en palacio y en campaña su parecer el primero, y suya la mejor lanza. Pero pues tienes valor y el discurso no te falta cuando a la vergüenza miras aquí ofensa y allí espada. No tengo más que decirte pues ya mi aliento se acaba y voy a llorar afrentas mientras tú tomas venganza. *Vase DIEGO Láinez, dejando solo a RODRIGO* RODRIGO: Suspenso, de afligido, estoy... Fortuna, ¿es cierto lo que veo? ¡Tan en mi daño ha sido tu mudanza, que es tuya, y no la creo! ¿Posible pudo ser que permitiese tu inclemencia que fuese mi padre el ofendido? ¡Extraña pena! ¿Y el ofensor el padre de Jimena? ¿Qué haré, suerte atrevida, si él es el alma que me dio la vida? ¿Que haré—¡terrible calma!— si ella es la vida que me tiene el alma? Mezclar quisiera, en confianza tuya, mi sangre con la suya, ¿y he de verter su sangre? ¡Brava pena! ¿Yo he de matar al padre de Jimena? Mas ya ofende esta duda al santo honor que mi opinión sustenta. Razón es que sacuda de amor el yugo y, la cerviz exenta, acuda a los que soy; que habiendo sido mi padre el ofendido, poco importa que fuese—¡amarga pena! el ofensor el padre de Jimena. ¿Que imagino? Pues que tengo más valor que pocos años, para vengar a mi padre matando al conde Lozano, ¿qué importa el bando temido del poderoso contrario, aunque tenga en las montañas mil amigos asturianos? ¿Y qué importa que en la corte del rey de León, Fernando, sea su voto el primero, y en guerra el mejor su brazo? Todo es poco, todo es nada en descuento de un agravio, el primero que se ha hecho a la sangre de Laín Calvo. Daráme el cielo ventura, si la tierra me da campo, aunque es la primera vez que doy el valor al brazo. Llevaré esta espada vieja de Mudarra el castellano, aunque está bota y mohosa, por la muerte de su amo; y si le pierdo el respeto, quiero que admita en descargo del ceñírmela ofendido, lo que la digo turbado. Haz cuenta, valiente espada, que otro Mudarra te ciñe, y que con mi brazo riñe por su honra maltratada. Bien sé que te correrás de venir a mi poder, mas no te podrás correr de verme echar paso atrás. Tan fuerte como tu acero me verás en campo armado; segundo dueño has cobrado tan bueno como el primero. Pues cuando alguno me venza, corrido del torpe hecho hasta la cruz en mi pecho te esconderé, de vergüenza. *Vase. Salen a la ventana doña URRACA y JIMENA Gómez*

RODRIGO: Hermanos, mucho me honráis.

BERMUDO: A nuestro hermano mayor servimos.

RODRIGO: Todo el amor que me debéis, me pagáis.

HERNÁN: Con todo habemos quedado. Que es bien que lo confesamos, envidiando los extremos con que del rey fuiste honrado.

RODRIGO: Tiempo, tiempo vendrá, hermanos, en que el rey, placiendo a Dios, pueda emplear en los dos sus dos liberales manos, y os dé con los mismos modos el honor que merecí; que el rey que me honra a mí, honra tiene para todos. Id colgando con respeto sus armas, que mías son; a cuyo heroico blasón otra vez juro y prometo de no ceñirme su espada, que colgada aquí estará de mi mano, y está ya de mi esperanza colgada, hasta que llegue a vencer cinco batallas campales.

BERMUDO: ¿Y cuándo, Rodrigo, sales al campo?

RODRIGO: A tiempo ha de ser.

Sale DIEGO Laínez con el báculo partido en dos partes

DIEGO: ¿Agora cuelgas la espada, Rodrigo?

HERNÁN: ¡Padre!

BERMUDO: ¡Señor!

RODRIGO: ¿Qué tienes?

DIEGO: (No tengo honor.) *Aparte* ¡Hijos!

RODRIGO: ¡Dile!

DIEGO: Nada, nada... ¡Dejadme solo!

RODRIGO: ¿Qué ha sido? (De honra son estos enojos *Aparte* Vertiendo sangre de los ojos con el báculo partido...)

DIEGO: ¡Salíos fuera!

RODRIGO: Si me das licencia, tomar quisiera otra espada.

DIEGO: ¡Esperad fuera! ¡Salte, salte como estás! HERNÁN: ¡Padre!

BERMUDO: ¡Padre!

DIEGO: (¡Más se aumenta *Aparte* mi desdicha!)

RODRIGO: ¡Padre amado!

DIEGO: (Con una afrenta os he dado *Aparte* a cada uno una afrenta.) ¡Dejadme solo...!

BERMUDO: Crüel es su pena. HERNÁN: Yo la siento.

DIEGO: (¡Que se caerá este aposento *Aparte* si hay cuatro afrentas en él!) ¿No os vais?

RODRIGO: Perdona...

DIEGO: (¡Qué poca *Aparte* es mi suerte!)

RODRIGO: (¿Qué sospecho? *Aparte* Pues ya el honor en mi pecho toca a fuego, al arma toca.) *Vanse los tres*

DIEGO: ¡Cielos! ¡Peno, muero, rabio!... No más, báculo rompido, pues sustentar no ha podido sino al honor, al agravio. Mas nos os culpo, como sabio. Mal he dicho, perdonad. Que es ligera autoridad la vuestra, y sólo sustenta no la carga de una afrenta, sino el peso de una edad. Antes con mucha razón es vengo a estar obligado, pues dos palos me habéis dado con que vengue un bofetón. Mas es liviana opinión que mi honor fundarse quiera sobre cosa tan ligera. Tomando esta espada, quiero llevar báculo de acero y no espada de madera. *Ha de haber unas armas colgadas en el tablado y algunas espadas* Si no me engaño, valor tengo que mi agravio siente. ¡En ti, en ti, espada valiente, ha de fundarse mi honor! De Mudarra el vengador eres; tu acero afamado desde el uno al otro polo; pues vengaron tus heridas la muerte de siete vidas, ¡venga en mí un agravio solo! ¿Esto es blandir o temblar? Pulso tengo todavía; aún hierve mi sangre fría, que tiene fuego el pesar. Bien me puedo aventurar; mas, ¡ay cielo!, engaño es, que cualquier tajo o revés me lleva tras sí la espada, bien en mi mano apretada y mal segura en mis pies. Ya me parece de plomo, ya mi fuerza desfallece, ya caigo, ya me parece que tiene a la punta el pomo. Pues, ¿qué he de hacer? ¿Cómo, cómo con qué, con qué confianza daré paso a mi esperanza, cuando funda el pensamiento sobre tan flaco cimiento tan importante venganza? ¡Oh, caduca edad cansada! Estoy por pasarme el pecho. ¡Ah, tiempo ingrato! ¿Qué has hecho? ¡Perdonad, valiente espada! ¡Y estad desnuda y colgada que no he de envainaros, no! Que pues mi vida acabó donde mi afrenta comienza, teniéndooos a la vergüenza, diréis la que tengo yo. ¡Desvanéceme la pena! Mis hijos quiero llamar; que aunque es desdicha tomar venganza con mano ajena, el no tomalla condena con más veras al honrado. En su valor he dudado, teniéndome suspendido, el suyo por no sabido, el mío por acabado. ¿Qué haré?... No es mal pensamiento. ¡Hernán Díaz! *Sale HERNÁN Díaz*

HERNÁN: ¿Qué me mandas?

DIEGO: Los ojos tengo sin luz, la vida tengo sin alma. HERNÁN: ¿Qué tienes?

DIEGO: ¡Ay hijo! ¡Ay hijo! Dame la mano. Estas ansias con este rigor me aprietan. *Tómale la mano a su hijo, y apriétala lo más fuerte que pudiere* HERNÁN: ¡Padre, padre!

¡Que me matas! ¡Suelta, por Dios, suelta! ¡Ay cielo!

DIEGO: ¿Qué tienes? ¿Qué te desmaya? ¿Qué lloras, medio mujer? HERNÁN: ¡Señor!...

DIEGO: ¡Vete! ¡Vete! ¡Calla! ¿Yo te di el ser? No es posible... ¡Sale fuera! HERNÁN: ¡Cosa extraña! *Vase*

DIEGO: ¡Si así son todos mis hijos, buena queda mi esperanza! ¡Bermudo Laín!

Sale BERMUDO Laín

BERMUDO: ¿Señor?

DIEGO: Una congaja, una basca tengo, hijo. Llega, llega... ¡Dame la mano! *Apriétale la*

mano

BERMUDO: Tomalla puedes. ¡Mi padre! ¿Que haces? ¡Suelta, deja, quedo, basta! ¿Con las dos manos me aprietas?

DIEGO: ¡Ay, infame! Mis manos flacas ¿son las garras de un león? Y aunque lo fueran, ¿bastaran a mover tus tiernas quejas? ¿Tú eres hombre? ¡Vete, infamia de mi sangre!

BERMUDO: Voy corrido. *Vase*

DIEGO: ¿Hay tal pena? ¿Hay tal desgracia? ¿En qué columnas escriba la nobleza de una casa que dio sangre a tantos reyes? Todo el aliento me falta. ¿Rodrigo? *Sale RODRIGO*

RODRIGO: ¿Padre? Señor, ¿Es posible que me agravias? Si me engendraste el primero, ¿cómo el postrero me llamas?

DIEGO: ¡Ay hijo! Muero...

RODRIGO: ¿Que tienes?

DIEGO: ¡Pena, pena, rabia, rabia! *Muérdete un dedo de la mano fuertemente*

RODRIGO: ¡Padre! ¡Soltad en mal hora! ¡Soltad, padre, en hora mala! ¡Si no fuérades mi padre, diéraos una bofetada!

DIEGO: Ya no fuera la primera.

RODRIGO: ¿Cómo?

DIEGO: ¡Hijo, hijo del alma! ¡Ese sentimiento adoro, esa cólera me agrada, esa braveza bendigo! ¡Esa sangre alborotada que ya en tus venas revienta, que ya por tus ojos salta, es la que me dio Castilla, y la que te di heredada de Laín Calvo y de Nuño, y la que afrentó en mi cara el conde... el conde de Orgaz... ése a quien lozano llaman! ¡Rodrigo, dame los brazos! ¡Hijo, esfuerza mi esperanza, y esta mancha de mi honor que al tuyo se extiende, lava con sangre; que sangre sola quita semejantes manchas! Si no te llamé el primero para hacer esta venganza, fue porque más te quería, fue por más te adoraba; y tus hermanos quisiera que mis agravios vengaran por tener seguro en ti el mayorazgo en mi casa. Pero pues los vi, al proballos tan sin bríos, tan sin alma, que cobraron mis afrentas, y crecieron mis desgracias. ¡A ti te toca, Rodrigo! Cobra el respeto a estas canas; poderoso es el contrario y en palacio y en campaña su parecer el primero, y suya la mejor lanza. Pero pues tienes valor y el discurso no te falta cuando a la vergüenza miras aquí ofensa y allí espada. No tengo más que decirte pues ya mi aliento se acaba y voy a llorar afrentas mientras tú tomas venganza. *Vase DIEGO Laínez, dejando solo a RODRIGO*

RODRIGO: Suspenso, de afligido, estoy... Fortuna, ¿es cierto lo que veo? ¡Tan en mi daño ha sido tu mudanza, que es tuya, y no la creo! ¿Posible pudo ser que permitiese tu inclemencia que fuese mi padre el ofendido? ¡Extraña pena! ¿Y el ofensor el padre de Jimena? ¿Qué haré, suerte atrevida, si él es el alma que me dio la vida? ¿Que haré—¡terrible calma!— si ella es la vida que me tiene el alma? Mezclar quisiera, en confianza tuya, mi sangre con la suya, ¿y he de verter su sangre? ¡Brava pena! ¿Yo he de matar al padre de Jimena? Mas ya ofende esta duda al santo honor que mi opinión sustenta. Razón es que sacuda de amor el yugo y, la cerviz exenta, acuda a los que soy; que habiendo sido mi padre el ofendido, poco importa que fuese—¡amarga pena! el ofensor el padre de Jimena. ¿Que imagino? Pues que tengo más valor que pocos años, para vengar a mi padre matando al conde Lozano, ¿qué importa el bando temido del poderoso contrario, aunque tenga en las montañas mil amigos asturianos? ¿Y qué importa que en la corte del rey de León, Fernando, sea su voto el primero, y en guerra el mejor su brazo? Todo es poco, todo es nada en descuento de un agravio, el primero que se ha hecho a la sangre de Laín Calvo. Daráme el cielo ventura, si la tierra me da campo, aunque es la primera vez que doy el valor al brazo. Llevaré esta espada vieja de Mudarra el castellano, aunque está bota y mohosa, por la muerte de su amo; y si le pierdo el respeto, quiero que admita en descargo del ceñírmela ofendido, lo que la digo turbado. Haz cuenta, valiente espada, que otro Mudarra te ciñe, y que con mi brazo riñe por su honra maltratada. Bien sé que te correrás de venir a mi poder, mas no te podrás correr de verme echar paso atrás. Tan fuerte como tu acero me verás en campo armado; segundo dueño has cobrado tan bueno como el primero. Pues cuando alguno me venza, corrido del torpe hecho hasta la cruz en mi pecho te esconderé, de vergüenza. *Vase. Salen a la ventana doña URRACA y JIMENA Gómez*

URRACA: ¡Qué general alegría tiene toda la ciudad con Rodrigo!

JIMENA: Así es verdad, y hasta el sol alegre al día.

URRACA: Será un bravo caballero, galán, bizarro y valiente.

JIMENA: Luce en él gallardamente entre lo hermoso lo fiero.

URRACA: ¡Con qué brío, qué pujanza, gala, esfuerzo y maravilla afirmándose en la silla, rompió en el aire una lanza! Y al saludar, ¿no le viste que a tiempo picó el caballo?

JIMENA: Si llevó para picallo la espada que tú le diste, ¿qué mucho?

URRACA: ¡Jimena, tente! Porque ya el alma recela que no ha picado la espuela al caballo solamente. *Salen el CONDE Lozano y Per ANSURES, y algunos criados*

CONDE: Confieso que fue locura, mas no la quiero enmendar.

ANSURES: Querrálo el rey remediar con su prudencia y cordura.

CONDE: ¿Que ha de hacer?

ANSURES: Escucha agora, ten flema, procede a espacio...

JIMENA: A la puerta de palacio llega mi padre, y, señora, algo viene alborotado.

URRACA: Mucha gente le acompaña.

ANSURES: Es tu condición extraña.

CONDE: Tengo condición de honrado.

ANSURES: Y con ella, ¿has de querer perderte?

CONDE: ¿Perderme? No, que los hombres como yo tienen mucho que perder, y ha de perderse Castilla antes que yo.

ANSURES: ¿Y no es razón el dar tú...?

CONDE: ¿Satisfacción? ¡Ni dalla ni recibilla!

ANSURES: ¿Por qué no? No digas tal. ¿Qué duelo en su ley lo escribe?

CONDE: El que la da y la recibe, es muy cierto quedar mal, porque el uno pierde honor, y el otro no cobra nada; el remitir a la espada los agravios es mejor.

ANSURES: ¿Y no hay otros medios buenos?

CONDE: No dicen con mi opinión. Al dalle satisfacción ¿no he de decir, por lo menos, que sin mí y conmigo estaba al hacer tal desatino, o porque sobraba el vino, o porque el seso faltaba?

ANSURES: Es así.

CONDE: ¿Y no es desvarío el no advertir, que en rigor pondré un remedio en su honor quitando un girón del mío? Y en habiendo sucedido, habremos los dos quedado, él, con honor remendado, y yo, con honor perdido. Y será más en su daño remiendo de otro color, que el remiendo en el honor ha de ser del mismo paño. No ha de quedar satisfecho de esa suerte, cosa es clara; si sangre llamé a su cara, saque sangre de mi pecho, que manos tendré y espada para defenderme de él.

ANSURES: Esa opinión es crüel.

CONDE: Esta opinión es honrada. Procure siempre acertalla el honrado y principal; pero si la acierta mal, defendella y no enmendalla.

ANSURES: Advierte bien lo que haces, que sus hijos...

CONDE: Calla, amigo; ¿y han de competir conmigo un caduco y tres rapaces? *Vanse, como que entran en palacio. Sale RODRIGO*

JIMENA: ¡Parece que está enojado mi padre, ay Dios! Ya se van.

URRACA: No te aflijas; tratarán allá en su razón de estado. Rodrigo viene.

JIMENA: Y también trae demudado el semblante.

RODRIGO: (Cualquier agravio es gigante *Aparte* en el honrado... ¡Ay, mi bien!)

URRACA: ¡Rodrigo, qué caballero pareces!

RODRIGO: (¡Ay, prenda amada!) *Aparte*

URRACA: ¡Qué bien te asienta la espada sobre seda y sobre acero!

RODRIGO: Tal merced...

JIMENA: (Alguna pena *Aparte* señala... ¿Qué puede ser?)

URRACA: Rodrigo...

RODRIGO: (Que he de verter *Aparte* sangre del alma! ¡Ay, Jimena!

URRACA: ...o fueron vanos antojos, o pienso que te has turbado.

RODRIGO: Sí, que las dos habéis dado dos causas a mis dos ojos, pues lo fueron de este efeto el darme con tal ventura, Jimena, amor y hermosura, y tú, hermosura y respeto.

JIMENA: Muy bien ha dicho, y mejor dijera, si no igualara la hermosura.

URRACA: (Yo trocara *Aparte* con el respeto el amor.) A *JIMENA* Más bien hubiera acertado si mi respeto no fuera, pues sólo to amor pusiera tu hermosura en su cuidado, y no te causara enojos el ver igualarme a ti en ella.

JIMENA: Sólo sentí el agravio de tus ojos; porque yo más estimara el ver estimar mi amor que mi hermosura.

RODRIGO: (¡Oh, rigor *Aparte* de Fortuna! ¡Oh, suerte avara! ¡Con glorias creces mi pena!)

URRACA: Rodrigo...

JIMENA: (¿Qué puede ser?) *Aparte*

RODRIGO: ¡Señora! (¡Que he de verter *Aparte* sangre del alma! ¡Ay Jimena! Ya sale el conde Lozano. ¿Cómo, ¡terribles enojos!, teniendo el alma en los ojos pondré en la espada la mano? *Salen el CONDE Lozano, Per ANZURES y los criados*

ANSURES: De lo hecho te contenta, y ten por cárcel tu casa.

RODRIGO: (El amor allí me abrasa, *Aparte* y aquí me hiela el afrenta.)

CONDE: Es mi cárcel mi albedrío, si es mi casa.

[*Hablan aparte JIMENA y URRACA*]

JIMENA: (¿Qué tendrá? Ya está hecho brasa, y ya está como temblando de frío.

URRACA: Hacia el conde esta mirando Rodrigo, el color perdido. ¿Qué puede ser?)

RODRIGO: (Si el que he sido *Aparte* soy siempre, ¿qué estoy dudando?)

JIMENA: (¿Qué mira? ¿A qué me condena?)

RODRIGO: (Mal me puedo resolver.) *Aparte*

JIMENA: (¡Ay, triste!)

RODRIGO: (¡Que he de verter sangre del alma! ¡Ay, Jimena!... ¿Qué espero? ¡Oh, Amor gigante!... ¿En qué dudo? Honor, ¿qué es esto? En dos balanzas he puesto ser honrado y ser amante. *Salen DIEGO Laínez y ARIAS Gonzalo* Mas mi padre es éste; rabio ya por hacer su venganza, ¡que cayó la una balanza con el peso del agravio! ¡Cobardes mis bríos son, pues para que me animara hube de ver en su cara señalado el bofetón!)

DIEGO: (Notables son mis enojos. *Aparte* Debe dudar y temer. ¿Que mira, si echa de ver que le animo con los ojos?)

ARIAS: Diego Laínez, ¿qué es esto?

DIEGO: Mal te lo puedo decir.

[*Per ANSURES habla al CONDE Lozano*]

ANSURES: Por acá podremos ir que está ocupado aquel puesto.

CONDE: Nunca supe andar torciendo ni opiniones ni caminos.

RODRIGO: (Perdonad, ojos divinos *Aparte* si voy a matar muriendo.) ¿Conde?

CONDE: ¿Quién es?

RODRIGO: A esta parte quiero decirte quién soy.

JIMENA: (¿Qué es aquello? ¡Muerta estoy!) *Aparte* CONDE: ¿Qué me quieres?

RODRIGO: Quiero hablarte. Aquel viejo que está allí, ¿sabes quién es?

CONDE: Ya lo sé. ¿Por qué lo dices?

RODRIGO: ¿Por qué? Habla bajo, escucha.

CONDE: Di.

RODRIGO: ¿No sabes que fue despojo de honra y valor?

CONDE: Sí, sería.

RODRIGO: ¿Y que es sangre suya y mía la que yo tengo en el ojo? ¿Sabes?

CONDE: Y el sabello...Acorta razones... ¿qué ha de importar?

RODRIGO: Si vamos a otro lugar sabrás lo mucho que importa.

CONDE: ¡Quita, rapaz! ¿Puede ser? Vete, novel caballero, vete, y aprende primero a pelear y a vencer; y podrás después honrarte de verte por mí vencido, sin que yo quede corrido de vencerte y de matarte. Deja agora tus agravios, porque nunca acierta bien venganzas con sangre quien tiene la leche en los labios.

RODRIGO: En ti quiero comenzar a pelear y aprender; y verás si sé vencer, veré si sabes matar. Y mi espada mal regida te dirá en mi brazo diestro, que el corazón es maestro de esta ciencia no aprendida. Y quedaré satisfecho, mezclando entre mis agravios esta lecho de mis labios y esa sangre de tu pecho.

ANSURES: ¡Conde!

ARIAS: ¡Rodrigo!

JIMENA: ¡Ay de mí!

DIEGO: (El corazón se me abrasa.) *Aparte*

RODRIGO: Cualquier sombra de esta casa es sagrado para ti...

JIMENA: ¿Contra mi padre, señor?

RODRIGO: ...Y así no te mato agora.

JIMENA: ¡Oye!

RODRIGO: ¡Perdonad, señora! ¡Que soy hijo de mi honor! Sígueme, Conde!

CONDE: Rapaz con soberbia de gigante, mataréte si delante te me pones; vete en paz. Vete, vete si no quíes que como en cierta ocasión di a tu padre un bofetón te dé a ti mil puntapiés.

RODRIGO: ¡Ya es tu insolencia sobrada!
 JIMENA: ¡Con cuánta razón me aflijo!
 DIEGO: Las muchas palabras, hijo, quitan la fuerza a la espada.
 JIMENA: ¡Detén la mano violenta, Rodrigo!
 URRACA: Trance feroz!
 DIEGO: ¡Hijo, hijo! Con mi voz te envío ardiendo mi afrenta. *ÉNTRANSE acuchillando el CONDE y RODRIGO, y todos tras ellos, y dice [el CONDE] dentro lo siguiente*
 CONDE: ¡Muerto soy!
 JIMENA: ¡Suerte inhumana! ¡Ay, padre!
 ANSURES: ¡Matalde! ¡Muera!
 URRACA: ¿Qué haces, Jimena?
 JIMENA: Quisiera echarme por la ventana. Pero volaré corriendo, ya que no bajo volando.
 ¡Padre! *Vase JIMENA*
 DIEGO: ¡Hijo!
 URRACA: ¡Ay, Dios! *Sale RODRIGO acuchillándose con todos*
 RODRIGO: ¡Matando he de morir!
 URRACA: ¿Qué estoy viendo? CRIADO 1: ¡Muera, que al conde mató! CRIADO 2:
 ¡Prendedlo!
 URRACA: Esperad, ¿qué hacéis? Ni le prendáis, ni matéis... ¡Mirad, que lo mando yo, que estimo mucho a Rodrigo, y le ha obligado su honor!
 RODRIGO: Bella infanta, tal favor con toda el alma bendigo. Mas es la causa extremada, para tan pequeño efeto, interponer tu respeto donde sobrara mi espada. No matallos ni vencellos pudieras mandarme a mí, pues por respetarte a ti los dejo con vida a ellos. Cuando me quieras honrar, con tu ruego y con tu voz detén el viento veloz, pára el indómito mar, y para parar el sol te le opón con tu hermosura; que para éstos, fuerza pura sobra en mi brazo español; y no irán tantos viniendo como pararé matando.
 URRACA: Todo se va alborotando, Rodrigo, a Dios te encomiendo, y el sol, el viento y el mar, pienso, si te han de valer, con mis ruegos detener y con mis fuerzas parar.
 RODRIGO: Beso mil veces tu mano. *A los criados* ¡Seguidme! CRIADO 1: ¡Vete al abismo!
 CRIADO 2: ¡Sígate el demonio mismo!
 URRACA: ¡Oh, valiente castellano!

Acto segundo

Salen el REY don Fernando y algunos CRIADOS con él

REY: ¿Qué rüido, grita y lloro que hasta las nubes abrasa, rompe el silencio en mi casa, y en mi respeto el decoro? Arias Gonzalo, ¿qué es esto? *Sale ARIAS Gonzalo*
 ARIAS: ¡Una gran adversidad! Perderáse esta ciudad si no lo remedias presto. *Sale Per ANSURES*
 REY: ¿Pues qué ha sido?
 ANSURES: Un enemigo...
 REY: Per Ansures?
 ANSURES: ...un rapaz ha muerto al conde de Orgaz.
 REY: ¡Válame Dios! ¿Es Rodrigo?
 ANSURES: Él es, y en tu confianza pudo alentar su osadía.
 REY: Cómo la ofensa sabía luego caí en la venganza. Un gran castigo he de hacer.
 ¿Prendieronle?
 ANSURES: No, señor.
 ARIAS: Tiene Rodrigo valor, y no se dejó prender. Fuése, y la espada en la mano, llevando a compás los pies, pareció un Roldán francés, pareció un Héctor troyano.

Salen por una puerta JIMENA Gómez, y por otra DIEGO Laínez, ella con un pañuelo lleno de sangre y él teñido en sangre el carrillo

JIMENA: ¡Justicia, justicia pido!
 DIEGO: Juan venganza he tomado.
 JIMENA: ¡Rey, a tus pies he llegado!
 DIEGO: ¡Rey, a tus pies he venido!
 REY: (¡Con cuánta razón me aflijo! *Aparte* ¡Qué notable desconcierto!)
 JIMENA: ¡Señor, a mi padre han muerto!
 DIEGO: Señor, matóle mi hijo. Fue obligación sin malicia.
 JIMENA: Fue malicia y confianza.

DIEGO: Hay en los hombre venganza.

JIMENA: ¡Y habrá en los reyes justicia! ¡Esta sangre limpia y clara en mis ojos considera!

DIEGO: Si esa sangre no saliera, ¿cómo mi sangre quedara?

JIMENA: ¡Señor, mi padre he perdido!

DIEGO: ¡Señor, mi honor he cobrado!

JIMENA: Fue el vasallo más honrado.

DIEGO: ¡Sabe el cielo quién lo ha sido! Pero no os quiero afligir. Sois mujer. Decid, señora.

JIMENA: Esta sangre dirá agora lo que no acierto a decir. Y de mi justa querella justicia así pediré, porque yo solo sabré mezclar lágrimas con ella. Yo vi con mis propios ojos teñido el luciente acero; mira si con causa muerto entre tan justos enojos. Yo llegué casi sin vida, y sin alma, ¡triste yo!, a mi padre, que me habló por la boca de la herida. Atajóle la razón la muerte, que fue crüel, y escribió en este papel con sangre mi obligación. A tus ojos poner quiero, letras que en mi alma están, y en los míos, como imán, sacan lágrimas de acero. Y aunque el pecho se desangre en su misma fortaleza, costar tiene una cabeza cada gota de esta sangre.

REY: ¡Levantad!

DIEGO: Yo vi, señor, que en aquel pecho enemigo la espada de mi Rodrigo entraba a buscar mi honor. Llegué, y halléle sin vida, y puse con alma exenta el corazón en mi afrenta y los dedos en su herida. Lavé con sangre el lugar adonde la mancha estaba, porque el honor que se lava, con sangre se ha de lavar. Tú, señor, que la ocasión viste de mi agravio, advierte en mi cara de la suerte que se venga un bofetón; que no quedara contenta ni lograda mi esperanza, ni no vieras la venganza adonde viste la afrenta. Agora, si en la malicia que a tu respeto obligó, la venganza me tocó y te toca la justicia, hazla en mí, rey soberano, pues es propio de tu alteza castigar en la cabeza los delitos de la mano. Y sólo fue mano mía Rodrigo. Yo fui el crüel que quise buscar en él las manos que no tenía. Con mi cabeza cortada quede Jimena contenta, que mi sangre sin mi afrenta saldrá limpia y saldrá honrada.

REY: ¡Levanta y sosiegaté! ¡Jimena!

JIMENA: ¡Mi llanto crece!

Salen doña URRACA y el PRÍNCIPE don Sancho, con quien los acompañe

URRACA: Llega, hermano, y favorece a tu ayo. PRÍNCIPE: Así lo haré.

REY: Consolad, Infanta, vos a Jimena. ¡Y vos, id preso! PRÍNCIPE: Si mi padre gusta de eso presos iremos los dos. Señale la fortaleza... mas tendrá su majestad a estas canas más piedad.

DIEGO: Déme los pies vuestra alteza.

REY: A castigalle me aplico. ¡Fue gran delito! PRÍNCIPE: Señor, fue la obligación de honor, ¡y soy yo el que lo suplico!

REY: Casi a mis ojos matar al conde, tocó en traición.

URRACA: ¡El conde le dio ocasión!

JIMENA: ¡Él la pudiera excusar! PRÍNCIPE: Pues por ayo me le has dado, hazle a todos preferido; pues que para habello sido le importaba el ser honrado. Mi ayo, ¡bueno estaría preso mientras vivo estoy!

ANSURES: De tus hermanos lo soy, y fue el conde sangre mía. PRÍNCIPE: ¿Qué importa?

REY: ¡Baste!

PRÍNCIPE: ¡Señor, en los reyes soberanos siempre menores hermanos son criados del mayor! ¿Con el príncipe heredero los otros se han de igualar?

ANSURES: Preso le manda llevar. PRÍNCIPE: ¡No hará el rey si yo no quiero!

REY: ¡Don Sancho!

JIMENA: ¡El alma desmaya!

ARIAS: (¡Su braveza maravilla!) *Aparte* PRÍNCIPE: ¡Ha de perderse Castilla primero que preso vaya!

REY: Pues vos le habéis de prender.

DIEGO: ¿Qué más bien puedo esperar? PRÍNCIPE: Si a mi cargo ha de quedar, yo su alcaide quiero ser. Siga entre tanto Jimena su justicia.

JIMENA: ¡Harto mejor! Perseguiré el matador. PRÍNCIPE: Conmigo va.

REY: ¡Enhorabuena!

JIMENA: (¡Ay, Rodrigo! Pues me obligas *Aparte* si te persigo verás)

URRACA: (Yo pienso velle más *Aparte* cuanto tú más le persigas.)

ARIAS: (Sucesos han sido extraños.) *Aparte* PRÍNCIPE: Pues yo tu príncipe soy, ve confiado.

DIEGO: Sí, voy. Guárdete el cielo mil años.

Sale un PAJE, y habla a la Infanta [URRACA]

PAJE: A su casa de placer quiere la reina partir; manda llamarte.

URRACA: Habré de ir; con causa debe de ser.

REY: Tú, Jimena, ten por cierto tu consuelo en mi rigor.

JIMENA: ¡Haz justicia!

REY: Ten valor.

JIMENA: (¡Ay, Rodrigo, que me has muerto!) *Aparte*

Vanse, y salen RODRIGO y ELVIRA, criada de JIMENA

ELVIRA: ¿Qué has hecho, Rodrigo?

RODRIGO: Elvira, una infelice jornada. A nuestra amistad pasada y a mis desventuras mira.

ELVIRA: ¿No mataste al conde?

RODRIGO: Es cierto; importábale a mi honor.

ELVIRA: Pues, señor, ¿cuándo fue casa del muerto sagrado del matador?

RODRIGO: Nunca al que quiso la vida; pero yo busco la muerte en su casa.

ELVIRA: ¿De qué suerte?

RODRIGO: Está Jimena ofendida; de sus ojos soberanos siento en el alma disgusto, y por ser justo vengo a morir en sus manos pues estoy muerto en su gusto.

ELVIRA: ¿Qué dices? Vete y reporta tal intento; porque está cerca palacio y vendrá acompañada.

RODRIGO: ¿Qué importa? En público quiero hablalla, y ofrecella la cabeza.

ELVIRA: ¡Qué extrañeza! Eso fuera... ¡vete, calla! ...locura y no gentileza.

RODRIGO: ¿Pues qué haré?

ELVIRA: ¿Qué siento? ¡Ay, Dios! ¡Ella vendrá...! ¿Qué recelo? ¡Ya viene! ¡Válgame el cielo!

¡Perdidos somos los dos! A la puerta del retrete te cubre de esa cortina.

RODRIGO: Eres divina.

Escóndese RODRIGO

ELVIRA: (Peregrino fin promete *Aparte* ocasión tan peregrina.)

Salen JIMENA Gómez, Per ANSURES, y quien los acompañe

JIMENA: Tío, dejadme morir.

ANSURES: Muerto voy. ¡Ay, pobre conde!

JIMENA: Y dejadme sola adonde ni aun quejas puedan salir.

Vanse Per ANSURES y los demás que salieron acompañando a JIMENA Elvira, sólo contigo quiero descansar un poco. Mi mal toco

Siéntase en una almohada con toda el alma; Rodrigo mató a mi padre.

RODRIGO: (¡Estoy loco!) *Aparte*

JIMENA: ¿Qué sentiré, si es verdad...?

ELVIRA: Di, descansa.

JIMENA: ¡Ay, afligida! ¡Que la mitad de mi vida ha muerto la otra mitad!

ELVIRA: ¿No es posible consolarte?

JIMENA: ¿Qué consuelo he de tomar, si al vengar de mi vida la una parte, sin las dos he de quedar?

ELVIRA: ¿Siempre quieres a Rodrigo? Que mató a tu padre mira.

JIMENA: Sí, y aun preso, ¡ay Elvira!, es mi adorado enemigo.

ELVIRA: ¿Piensas perseguille?

JIMENA: Sí, que es de mi padre el decoro; y así lloro el buscar lo que perdí, persiguiendo lo que adoro.

ELVIRA: Pues, ¿cómo harás—no lo entiendo— estimando el matador y el muerto?

JIMENA: Tengo valor, y habré de matar muriendo. Seguiréle hasta vengarme.

Sale RODRIGO y arrodíllase delante de JIMENA

RODRIGO: Mejor es que mi amor firme, con rendirme, te dé el gusto de matarme sin la pena del seguirme.

JIMENA: ¿Qué has emprendido? ¿Qué has hecho? ¿Eres sombra? ¿Eres visión?

RODRIGO: ¡Pasa el mismo corazón que pienso que está en tu pecho!

JIMENA: ¡Jesús! ¡Rodrigo! ¡Rodrigo en mi casa!

RODRIGO: Escucha...

JIMENA: ¡Muero!

RODRIGO: Sólo quiero que en oyendo lo que digo respondas con este acero.

Dale su daga Tu padre el conde, Lozano en el nombre y en el brío, puso en las canas del mío la atrevida injusta mano; y aunque me vi sin honor se mal logró mi esperanza en tal mudanza con tal fuerza, que tu amor puso en duda mi venganza. Mas en tan gran desventura lucharon a mi despecho contrapuestos en mi pecho mi afrenta con tu hermosura; y tú, señora, vencieras a no haber imaginado que afrentado por infame aborrecieras quien quisiste por honrado. Con este buen pensamiento, tan hijo de tus hazañas, de tu padre en las entrañas entró mi estoque sangriento. Cobré mi perdido honor; mas luego a tu amor, rendido he venido porque no llares rigor lo que obligación ha sido donde disculpada veas con mi pena mi mudanza, y donde tomes venganza si es que venganza deseas. Toma, y porque a entrambos cuadre un valor y un albedrío, haz con brío la venganza de tu padre como hice la del mío.

JIMENA: Rodrigo, Rodrigo, ¡ay triste!, yo confieso, aunque la sienta, que en dar venganza a tu afrenta como caballero hiciste. No te doy la culpa a ti de que desdichada soy; y tal estoy que habré de emplear en mí la muerte que no te doy. Sólo te culpo, agraviada, el ver que a mis ojos vienes a tiempo que aún fresca tienes mi sangre en mano y espada. Pero no a mi amor, rendido, sino a ofenderme has llegado, confiado de no ser aborrecido por lo que fuiste adorado. Mas, ¡vete, vete Rodrigo! Disculpará mi decoro con quien piensa que te adoro, el saber que te persigo. Justo fuera sin oírte que la muerte hiciera darte; mas soy parte para sólo perseguirte, ¡pero no para matarte! ¡Vete! Y mira a la salida no te vean, si es razón no quitarme la opinión quien me ha quitado la vida.

RODRIGO: Logra mi justa esperanza. ¡Mátame!

JIMENA: ¡Déjame!

RODRIGO: ¡Espera! ¡Considera que el dejarme es la venganza que el matarme no lo fuera!

JIMENA: Y aun por eso quiero hacella.

RODRIGO: ¡Loco estoy! Estás terrible... ¿Me aborreces?

JIMENA: No es posible, que predominas mi estrella.

RODRIGO: Pues tu rigor, ¿qué hacer quiere?

JIMENA: Por mi honor, aunque mujer, he de hacer contra tú cuando pudiera... deseando no poder.

RODRIGO: ¡Ay, Jimena! ¿Quién dijera...

JIMENA: ¡Ay, Rodrigo! ¿Quién pensara...

RODRIGO: ...que mi dicha se acabara?

JIMENA: ...y que mi bien feneciera? Mas, ¡ay Dios!, que estoy temblando de que han de verte saliendo...

RODRIGO: ¿Qué estoy viendo?

JIMENA: ¡Vete y déjame pensando!

RODRIGO: ¡Quédate, iréme muriendo!

Vanse los tres. Sale DIEGO Laínez, solo

DIEGO: No la ovejuela su pastor perdido, ni el león que sus hijos le has quitado, baló quejosa, ni bramó ofendido, como yo por Rodrigo... ¡Ay hijo amado! Voy abrazando sombras descompuesto entre la oscura noche que ha cerrado... Dile la seña y señaléle el puesto donde acudiese en sucediendo el caso. ¿Si me habrá sido inobediente en esto? ¡Pero no puede ser! ¡Mil penas paso! Algún inconveniente le habrá hecho, mudando la opinión, torcer el paso... ¡Qué helada sangre me revienta el pecho! ¿Si es muerto, herido o preso? ¡Ay cielo santo! ¡Y cuántas cosas de pesar sospecho! ¿Qué siento? ¿Es él? Mas no merezco tanto; será que corresponden a mis males los ecos de mi voz y de mi llanto. Pero, entre aquellos secos pedregales vuelvo a oír el galope de un caballo. De él se apea Rodrigo. ¿Hay dichas tales?

Sale RODRIGO ¿Hijo?

RODRIGO: ¿Padre?

DIEGO: ¿Es posible que me hallo entre tus brazos? Hijo, aliento tomo para en tu alabanzas empleallo. ¿Cómo tardastes tanto? Pies de plomo te puso mi deseo, y pues viniste,

no he de cansarte preguntando el cómo. ¡Bravamente probaste! ¡Bien lo hiciste!
¡Bien mis pasados bríos imitaste! ¡Bien me pagaste el ser que me debiste! Toca las
blancas canas queme honraste, llega la tierna boca a la mejilla donde la mancha
de mi honor quitaste. Soberbia el alma a tu valor se humilla, como conservador de
la nobleza que han honrado tantos reyes en Castilla.

RODRIGO: Dame la mano, y alza la cabeza, a quien, como la causa, se atribuya si hay en mí
algún valor y fortaleza.

DIEGO: Con más razón besara yo la tuya, pues si yo te di el ser naturalmente, tú me le has
vuelto a pura fuerza suya. Mas será no acabar eternamente sino doy a esta plática
desvíos. Hijo, ya tengo prevenida gente; con quinientos hidalgos, deudos míos,
que cada cual tu gusto solicita. Sal en campaña a ejercitar tus bríos. Ve, pues la
causa y la razón te incita, donde está esperando en sus caballos, que el menos
bueno a los del sol imita. Buena ocasión tendrás para empleallos, pues moros
fronterizos arrogantes, al rey le quitan tierras y vasallos; que ayer, con
melancólicos semblantes, el Consejo de Guerra, y el de Estado, lo supo por espías
vigilantes. Las fértiles campañas han talado de Burgos; y pasando Montes de Oca,
de Nájera, Logroño y Vilforado, con suerte mucha, y con vergüenza poca, se llevan
tanta gente aprisionada, que ofende al gusto, y el valor provoca. Sal les al paso,
emprende esta jornada, y dando brío al corazón valiente, pruebe la lanza quien
probó la espada, y el rey, sus grandes, la plebeya gente, no dirán que la mano te
ha servido para vengar agravios solamente. Sirve en la guerra al rey; que siempre
ha sido digna satisfacción de un caballero servir al rey a quien dejó ofendido.

RODRIGO: ¡Dadme la bendición!

DIEGO: Hacello quiero.

RODRIGO: Para esperar de mi obediencia palma, tu mano beso, y a tus pies la espero.

DIEGO: Tómala con la mano y con el alma.

Vanse. Sale la infanta doña URRACA, asomada a un ventana

URRACA: ¡Qué bien el campo y el monte le parece a quien lo mira hurtando el gusto al
cuidado, y dando el alma a la vista! En los llanos y en la cumbres ¡qué a concierto
se divisan aquí los pimpollos verdes, y allí las pardas encinas! Si acullá brama el
león, aquí la mansa avecilla parece que su braveza con sus cantares mitiga.
Despeñándose el arroyo, señala que como estiman sus aguas la tierra blanda,
huyen de las peñas vivas. Bien merecen estas cosas tan bellas, y tan distintas, que
se imite a quien las goza, y se alabe a quien las cría. ¡Bienaventurado aquél que
por sendas escondidas en los campos se entretiene, y en los montes se retira! Con
tan buen gusto la reina mi madre, no es maravilla si en esta casa de campo todos
sus males alivia. Salió de la corte huyendo de entre la confusa grita, donde unos
toman venganza, cuando otros piden justicia... ¿Qué se habrá hecho Rodrigo? Que
con mi presta venida no he podido saber de él si está en salvo, o si peligras. No sé
qué tengo, que el alma con cierta melancolía me desvela en su cuidado... Mas
¡ay!, estoy divertida. Una tropa de caballos dan polvo al viento que imitan, todos a
punto de guerra... ¡Jesús, y qué hermosa vista! Saber la ocasión deseo, la
curiosidad me incita... ¡Ah, caballeros! ¡Ah, hidalgos! Ya se paran y ya miran. ¡Ah,
capitán, el que lleva banda y plumas amarillas! Ya de los otros se aparta, la lanza a
un árbol arrima. Ya se apea del caballo, ya de su lealtad confía, ya el cimientito de
esta torre, que es todo de peña viva, trepa con ligeros pies, ya los miradores mira.
Aún no me ha visto. ¿Qué veo? Ya le conozco. ¿Hay tal dicha?

Sale RODRIGO

RODRIGO: La voz de la infanta era... Ya casi las tres esquinas de la torre he rodeado.

URRACA: ¿Ah, Rodrigo?

RODRIGO: Otra vez grita... Por respetar a la reina, no respondo, y ella misma me hizo dejar
el caballo. Mas... ¡Jesús! ¡Señora mía!

URRACA: ¡Dios te guarde! ¿Dónde vas?

RODRIGO: Donde mis hados me guían, dichosos, pues me guiaron a merecer esta dicha.

URRACA: ¿Ésta es dicha? No, Rodrigo; la que pierdes lo sería. Bien me lo dice por señas la
sobrevista amarilla.

RODRIGO: Quien con esperanzas vive, desesperado camina.

URRACA: Luego, no la has perdido.

RODRIGO: A tu servicio me animan.

URRACA: ¿Saliste de la ocasión sin peligro, y sin heridas?

RODRIGO: Siendo tú mi defensora advierte cómo saldría.
URRACA: ¿Dónde vas?
RODRIGO: A vencer moros, y así la gracia perdida cobrar de tu padre el rey.
URRACA: ¡Qué notable gallardía! ¿Quién te acompaña?
RODRIGO: Esta gente me ofrece quinientas vidas, en cuyos hidalgos pechos hierva también sangre mía.
URRACA: Galán vienes, bravo vas, mucho vales, mucho obligas; bien me parece, Rodrigo, tu gala y tu valentía.
RODRIGO: Estimo con toda el alma merced que fuera divina, mas mi humildad en tu alteza mis esperanzas marchita.
URRACA: No es imposible, Rodrigo, el igualarse las dichas en desiguales estados, si es la nobleza una misma. ¡Dios te vuelva vencedor, que después...
RODRIGO: ¡Mil años vivas!
URRACA: (¿Qué he dicho?) *Aparte*
RODRIGO: Tu bendición mis victorias facilita.
URRACA: ¿Mi bendición? ¡Ay Rodrigo, si las bendiciones mías te alcanzan, serás dichoso!
RODRIGO: Con no más de recibillas lo seré, divina infanta.
URRACA: Mi voluntad es divina. Dios te guíe, Dios te guarde, como te esfuerza y te anima, y en número tus victorias con las estrellas compitan. Por la redondez del mundo, después de ser infinitas con las plumas de la fama y el mismo sol las escriba. Y ve agora confiado que te valdré con la vida. Fía de mí estas promesas quien plumas al viento fía.
RODRIGO: La tierra que ves adoro, pues no puedo la que pisas; y la eternidad del tiempo alargue a siglos tus días. Oiga el mundo tu alabanza en las bocas de la envidia, y más que merecimientos te dé la Fortuna dichas. Y yo me parto en tu nombre, por quien venzo mis desdichas, a vencer tantas batallas como tú me pronosticas.
URRACA: ¡De este cuidado te acuerda!
RODRIGO: Lo divino no se olvida.
URRACA: ¡Dios te guíe!
RODRIGO: ¡Dios te guarde!
URRACA: Ve animoso.
RODRIGO: Tú me animas. ¡Toda la tierra te alabe!
URRACA: ¡Todo el cielo te bendiga!

Vanse. Gritan de adentro los MOROS, y sale huyendo un PASTOR

MOROS: ¡Li, li, li, li!...
PASTOR: ¡Jesús mío, qué de miedo me acompaña! Moros cubren la campaña... Mas de sus fieros me río, de su lanza y de su espada, como suba y me remonte en la cumbre de aquel monte todo de peña tajada.

Sale un REY MORO y cuatro MOROS con él, y el PASTOR éntrase huyendo
REY MORO: Atad bien esos cristianos. Con más concierto que priesa id marchando. MORO 1: ¡Brava presa! REY MORO: Es hazaña de mis manos. Con asombro y maravilla, pues en su valor me fundo, sepa mi poder el mundo, pierda su opinión Castilla. ¿Para qué te llaman magno, rey Fernando, en paz y en guerra, pues yo destruyo tu tierra sin oponerte a mi mano? Al que grande te llamó, ¡vive el cielo, que le coma, porque, después de Mahoma, ninguno mayor que yo!

Sale el PASTOR sobre la peña

PASTOR: Si es mayor el que es más alto, yo lo soy entre estos cerros. ¿Qué apostaremos— ¡ay, perros!— que no me alcanzáis de un salto? MORO 2: ¿Qué te alcanza una saeta?
PASTOR: Si no me escondo, sí hará. ¡Morillos, volvé, esperá, que el cristiano os acometa!
MORO 3: Oye, señor ¡por Mahoma!, que cristianos... REY MORO: ¿Qué os espanta? MORO 4: ¡Allí polvo se levanta! MORO 1: ¡Y allí un estandarte asoma!
MORO 2: Caballos deben de ser. REY MORO: Logren, pues, mis esperanzas.
MORO 3: Ya se parecen las lanzas. REY MORO: ¡Ea, morir o vencer! *Toque dentro una trompeta*
MORO 2: Ya la bastarda trompeta toca al arma. *Dicen dentro a voces*
VOZ: ¡Santiago!
REY MORO: ¡Mahoma! Haced lo que hago. *Otra voz dentro*
VOZ: ¡Cierra España! REY MORO: ¡Oh, gran profeta! *Vanse y suena la trompeta y cajas de*

guerra, y ruido de golpes dentro

PASTOR: ¡Bueno! Mire lo que va de Santiago a Mahoma... ¡Qué bravo herir! Puto, toma para peras. ¡Bueno va! ¡Voto a San! Braveza es lo que hacen los cristianos; ellos matan con las manos, sus caballos con los pies. ¡Qué lanzadas! ¡Pardiez, toros menos bravos que ellos son! ¡Así calo yo un melón como despachurran moros! El que como cresta el gallo trae un penacho amarillo, ¡oh lo que hace! Por decillo al cura, quiero mirallo. ¡Pardiós! No tantas hormigas mato yo en una patada ni siego en una manada tantos manojos de espigas, como él derriba cabezas... ¡Oh, hideputa! Es de modo que va salpicado todo de sangre moro... ¡Bravezas hace! ¡Voto al soto! Ya huyen los moros. ¡Ah, galgos! ¡Ea, cristianos hidalgos, seguidos! ¡Matá, matá! Entre las peñas se meten donde no sirven caballos... Ya se apean... alcanzallos quieren... de nuevo acometen...

Salen RODRIGO y el REY MORO, cada uno con los suyos acuchillándose

RODRIGO: ¡También pelean a pie los castellanos, morillos! ¡A matallos, a seguillos! REY MORO: ¡Tente! ¡Espera!
RODRIGO: ¡Rindeté! REY MORO: Un rey a tu valentía se ha rendido, y a tus leyes. *Ríndesele el REY [MORO]*
RODRIGO: ¡Toca al arma! Cuatro reyes he de vencer en un día. *Vanse todos, llevándose presos a los MOROS*
PASTOR: ¡Pardiós! Que he habido placer mirándolos desde afuera; las cosas de esta manera de tan alto se han de ver. *Éntrase el PASTOR, y salen el PRÍNCIPE don Sancho y un MAESTRO de armas con sendas espadas negras, y tirándole el PRÍNCIPE, y tras él, reportándole, DIEGO Laínez*
MAESTRO: ¡Príncipe, señor, señor!
DIEGO: Repórtase vuestra alteza que sin causa la braveza desacredita el valor. PRÍNCIPE: ¿Sin causa? *Al MAESTRO*
DIEGO: Vete, que enfadas al príncipe. *Éntrase el MAESTRO* ¿Cuál ha sido? PRÍNCIPE: Al batallar, el ruido que hicieron las dos espadas, y a mí el rostro señalado.
DIEGO: ¿Hate dado? PRÍNCIPE: No. El pensar que a querer me pudo dar, me ha corrido, y me ha enojado. Y a no escaparse el maestro, yo le enseñara a saber... No quiero más aprender.
DIEGO: Bastantemente eres diestro. PRÍNCIPE: Cuando tan diestro no fuera, tampoco importara nada.
DIEGO: ¿Cómo? PRÍNCIPE: Espada contra espada, nunca por eso temiera. Otro miedo el pensamiento me aflige y me atemoriza; con una arma arrojadiza señala en mi nacimiento que han de matarme, y será cosa muy propincua mía la causa.
DIEGO: ¿Y melancolía te da eso? PRÍNCIPE: Sí, me da. Y haciendo discursos vanos, pues mi padre no ha de ser, vengo a pensar y a temer que lo serán mis hermanos. Y así los quiero tan poco, que me ofenden.
DIEGO: ¡Cielo santo! A no respetarte tanto, te dijera... PRÍNCIPE: ¿Que soy loco?
DIEGO: Que lo fue quien a esta edad te ha puesto en tal confusión. PRÍNCIPE: ¿No tiene demostración esta ciencia?
DIEGO: Así es verdad. Mas ninguno la aprendió con certeza. PRÍNCIPE: Luego, di. ¿Locura es creella?
DIEGO: Sí. PRÍNCIPE: ¿Será el temella?
DIEGO: No. PRÍNCIPE: ¿Es mi hermana?
DIEGO: Sí, señor.

Salen doña URRACA y un PAJE que le saca un venablo tinto en sangre

URRACA: En esta suerte ha de ver mi hermano, que aunque mujer, tengo en el brazo valor. Hoy, hermano... PRÍNCIPE: ¿Cómo así?
URRACA: ...entre unas peñas... PRÍNCIPE: ¿Que fue?
URRACA: ...este venablo tiré, con que maté un javalí, viniendo por el camino cazando mi madre y yo. PRÍNCIPE: Sangriento está. ¿Y le arrojó tu mano? *[Habla el PRÍNCIPE aparte a DIEGO Laínez] (¡Ay, cielo divino! Mira si tengo razón.*
DIEGO: Ya he caído en tu pesar.)
URRACA: ¿Qué te ha podido turbar el gusto? PRÍNCIPE: Cierta ocasión que me da pena.
DIEGO: Señora, una necia astrología le causa melancolía y tú la creciste agora.
URRACA: Quien viene a dalle contento, ¿Cómo su disgusto aumenta?
DIEGO: Dice que a muerte violenta le inclina su nacimiento. PRÍNCIPE: ¡Y con arma arrojada herido en el corazón!

DIEGO: Y como en esta ocasión la vio en tu mano...

URRACA: ¡Ay, cuitada! PRÍNCIPE: Alteróme de manera que me ha salido a la cara.

URRACA: Si disgustarse pensara con ella no la trujera. Mas tú, ¿crédito has de dar a lo que abominan todos? PRÍNCIPE: Con todo, buscaré modos como poderme guardar. Mandaré hacer una plancha, y con ella cubriré el corazón, sin que esté más estrecha ni más ancha.

URRACA: Guarda con más prevención el corazón. Mira bien que por la espalda también hay camino al corazón. PRÍNCIPE: ¿Qué me has dicho? ¿Qué imagino? ¡Que tú de tirar te alabes un venablo, y de que sabes del corazón el camino por las espaldas! ¡Traidora! ¡Temo que causa has de ser tú de mi muerte! ¡Mujer, estoy por matarte agora, y asegurar mis enojos!

DIEGO: ¿Qué haces, príncipe?

PRÍNCIPE: ¿Qué siento? ¡Ese venablo sangriento revienta sangre en mis ojos!

URRACA: Hermano, el rigor reporta de quien justamente huyo. ¿No es mi padre como tuyo el rey, mi señor? PRÍNCIPE: ¿Qué importa? Que eres de mi padre hija, pero no de mi fortuna. Nací heredando.

URRACA: Importuna es tu arrogancia, y prolija.

DIEGO: El rey viene. PRÍNCIPE: (¡Qué despecho!) *Aparte*

URRACA: (¡Qué hermano tan enemigo!) *Aparte*

Salen el REY don Fernando y el REY MORO que envía RODRIGO, y otros que le acompañan

REY: Diego, tu hijo Rodrigo un gran servicio me ha hecho; y en mi palabra fiado, licencia le he concedido para verme.

DIEGO: ¿Y ha venido?

REY: Sospecho que habrá llegado; y en prueba de su valor...

DIEGO: ¡Grande fue la dicha mía!

REY: ...hoy a mi presencia envía un rey por su embajador. *Siéntase el REY* Volvió por mí y por mis greyes; muy obligado me hallo. REY MORO: Tienes, señor, un vasallo de quien lo son cuatro reyes. En escuadrones formados, tendidas nuestras banderas, corríamos tus fronteras, vencíamos tus soldados, talábamos tus campañas, cautivábamos tus gentes, sujetando hasta las fuentes de las soberbias montañas; cuando gallardo y ligero el gran Rodrigo llegó, peleó, rompió, mató, y vencióme a mí el primero. Viniéronme a socorrer tres reyes, y su venir tan sólo pudo servir de darme más que vencer, pues su esfuerzo varonil los nuestros dejando atrás; quinientos hombres no más nos vencieron a seis mil. Quitónos el español nuestra opinión en un día, y una presa que valía más oro que engendra el sol. Y en su mano vencedora nuestra divisa otomana, sin venir lanza cristiana sin una cabeza mora, viene con todo triunfando entre aplausos excesivos, atropellando cautivos y banderas arrastrando, asegurando esperanzas, obligando corazones, recibiendo bendiciones y despreciando alabanzas. Ya llega a tu presencia.

URRACA: (¡Venturosa suerte mía!) *Aparte*

DIEGO: Para llorar de alegría te pido, señor, licencia, y para abrazalle, ¡ay Dios!, antes que llegue a tus pies.

Sale RODRIGO y abrázase ¡Estoy loco!

RODRIGO: Causa es que nos disculpa a los dos. *Arrodíllase delante del REY* Pero ya esperando estoy tu mano, y tus pies, y todo.

REY: ¡Levanta, famoso goda, levanta!

RODRIGO: ¡Tu hechura soy! *A don Sancho, [el PRÍNCIPE]* ¡Mi príncipe! PRÍNCIPE: ¡Mi Rodrigo!

A doña URRACA

RODRIGO: Por tus bendiciones llevo estas palmas.

URRACA: Ya de nuevo, pues te alcanzan, te bendigo. REY MORO: ¡Gran Rodrigo!

RODRIGO: ¡Oh, Almanzor!

REY MORO: ¡Dame la mano, el mío Cide!

RODRIGO: A nadie mano se pide donde está el rey, mi señor. A él le presta la obediencia.

REY MORO: Ya me sujeto a sus leyes en nombre de otros tres reyes y el mío. (¡Oh, Alá, paciencia!) *Aparte* PRÍNCIPE: El "mío Cid" le ha llamado. REY MORO: En mi lengua es "mi señor," pues ha de serlo el honor merecido y alcanzado.

REY: Ese nombre le está bien. REY MORO: Entre moros le ha tenido.

REY: Pues allá le ha merecido, en mis tierras se le den. Llamalle “el Cid” es razón, y añadirá, porque asombre, a su apellido este nombre, y a su fama este blasón.

Sale JIMENA Gómez, enlutada, con cuatro ESCUDEROS, también enlutados, con sus lobas
ESCUDERO 1: Sentado está el señor rey en su silla de respaldo.

JIMENA: Para arrojarme a sus pies, ¿Qué importa que esté sentado? Si es “magno,” si es “justiciero,” premie al bueno y pena al malo; que castigos y mercedes hacen seguros vasallos.

DIEGO: Arrastrando luengos lutos, entraron de cuatro en cuatro escuderos de Jimena, hija del conde Lozano. Todos atentos la miran, suspenso quedó palacio, y para decir sus quejas se arrodilla en los estrados.

JIMENA: Señor, hoy hace tres meses que murió mi padre a manos de un rapaz, a quien las tuyas para matador criaron. Don Rodrigo de Vivar, soberbio, orgulloso y bravo, profanó tus leyes justas, y tú le amparas ufano. Son tus ojos sus espías, tu retrete su sagrado, tu favor sus alas libres, y su libertad mis daños. Si de Dios las reyes justos la semejanza y el cargo representan en la tierra con los humildes humanos, no debiera de ser rey bien temido, y bien amado, quien desmaya la justicia y esfuerza los desacatos. A tu justicia, señor, que es árbol de nuestro amparo, no se arrimen malhechores indignos de ver sus ramos. Mal lo miras, mal lo sientes, y perdona si mal hablo; que en boca de una mujer tiene licencia un agravio. ¿Qué dirá, qué dirá el mundo de tu valor, gran Fernando, si al ofendido castigas, y si premias al culpado? Rey, rey justo, en tu presencia, advierte bien cómo estamos: él ofensor, yo ofendida, yo gimiendo, y él triunfando; él arrastrando banderas, y yo lutos arrastrando; él levantando trofeos, y yo padeciendo agravios; él soberbio, yo encogida, yo agraviada y él honrado, yo afligida, y él contento, él riendo, y yo llorando.

RODRIGO: (¡Sangre os dieran mis entrañas *Aparte* para llorar, ojos claros!)

JIMENA: (¡Ay, Rodrigo! ¡Ay, honra! *Aparte* ¿Adónde os lleva el cuidado?)

REY: No haya más, Jimena. ¡Baste! Levantaos, no lloréis tanto, que ablandarán vuestras quejas entrañas de acero y mármol; que podrá ser que algún día troquéis en placer el llanto, y si he guardado a Rodrigo, quizá para vos le guardo. Pero por haceros gusto vuelva a salir desterrado, y huyendo de mi rigor ejercite el de sus brazos, y no asista en la ciudad quien tan bien prueba en el campo. Pero si me dais licencia, Jimena, sin enojaros, en premio de estas victorias ha de llevarse este abrazo. *Abrázale*

RODRIGO: Honra, valor, fuerza y vida, todo es tuyo, gran Fernando, pus siempre de la cabeza baja el vigor a la mano. Y así, te ofrezco a los pies esas banderas que arrastro, esos moros que cautivo y esos haberes que gano.

REY: Dios te me guarde, el mío Cid.

RODRIGO: Beso tus heroicas manos. (Y a Jimena dejo el alma.) *Aparte*

JIMENA: (¡Que la opinión pueda tanto *Aparte* que persigo los que adoro!)

URRACA: (Tiernamente se han mirado; *Aparte* no le ha cubierto hasta el alma a Jimena el luto largo, ¡ay cielo!, pues no han salido por sus ojos sus agravios.) PRÍNCIPE:
Vamos, Diego, con Rodrigo, que yo quiero acompañarlo, y verme entre sus trofeos.

DIEGO: Es honrarme, y es honrallo. ¡Ay, hijo del alma mía!

JIMENA: (¡Ay, enemigo adorado!) *Aparte*

RODRIGO: (¡Oh, amor, en tu sol me hielo!) *Aparte*

URRACA: (¡Oh, amor, en celos me abraso!) *Aparte*

Acto tercero

Salen ARIAS Gonzalo y la infanta doña URRACA

ARIAS: Mas de lo justo adelantas, señora, tu sentimiento.

URRACA: Con mil ocasiones siento y lloro con otras tantas. Arias Gonzalo, por padre te he tenido.

ARIAS: Y soylo yo con el alma.

URRACA: Ha que murió y está en el cielo mi madre más de un año, y es crueldad lo que esfuerzan mi dolor: mi hermano con poco amor, mi padre con mucha edad. Un mozo que ha de heredar, y un viejo que ha de morir, me dan penas que sentir y desdichas que llorar.

ARIAS: ¿Y no alivia tu cuidado el ver que aún viven los dos, y entre tanto querrá Dios pasarte a mejor estado, a otros reinos y a otro rey de los que te han pretendido?

URRACA: ¿Yo un extraño por marido?

ARIAS: No lo siendo de tu ley, ¿qué importa?

URRACA: ¿Así me destierra la piedad que me crió? Mejor le admitiera yo de mi sangre, y de mi tierra; que más quisiera mandar una ciudad, una villa, una aldea de Castilla, que en muchos reinos reinar.

ARIAS: Pues pon, señora, los ojos en uno de tus vasallos.

URRACA: Antes habré de quitellos a costa de mis enojos. Mis libertades te digo como al alma propia mía...

ARIAS: Di, no dudes.

URRACA: Yo querría al gran Cid, al gran Rodrigo. Castamente me obligó, pensé casarme con él...

ARIAS: Pues, ¿quién lo estorba?

URRACA: ¡Es crüel mi suerte y honrada yo! Jimena y él se han querido, y después del conde muerto se adoran.

ARIAS: ¿Es cierto?

URRACA: Cierto será, que en mi daño ha sido. Cuanto más si padre llora, cuanto más justicia sigue, y cuanto más le persigue, es cierto que más le adora; y él la idolatra adorado, y está en mi pecho advertido, no del todo aborrecido, pero del todo olvidado; que la mujer ofendida, del todo desengañada, ni es discreta, ni es honrada, si no aborrece ni olvida. Mi padre viene; después hablaremos... mas, ¡ay, cielo! ya me ha visto.

ARIAS: A tu consuelo aspira.

Salen el REY don Fernando y DIEGO Laínez y los que les acompañan

DIEGO: Beso tu pies por la merced que a Rodrigo le has hecho; vendrá volando a servirte.

REY: Ya esperando lo estoy.

DIEGO: Mi suerte bendigo.

REY: Doña Urraca, ¿dónde vais?

Esperad, hija, ¿qué hacéis? ¿Qué os aflige? ¿Qué tenéis? ¿Habéis llorado? ¿Lloráis? ¿Triste estáis?

URRACA: No lo estuviera, si tú, que me diste el ser, eterno hubieras de ser o mi hermano amable fuera. Pero mi madre perdida, y tú cerca de perderte, dudosa queda mi suerte, de su rigor ofendida. Es el príncipe un león para mí.

REY: Infanta, callad; la falta en la eternidad supliré en la prevención. Y pues tengo, gloria a Dios, más reinos y más estados adquiridos que heredados, alguno habrá para vos. Y alegraos, que aún vivo estoy, y si no...

URRACA: ¡Dame la mano!

REY: ... es don Sancho buen hermano, yo padre, y buen padre, soy. Id con Dios.

URRACA: ¡Guárdete el cielo!

REY: Tened de mí confianza.

URRACA: Ya tu bendición me alcanza.

REY: Ya me alcanza tu consuelo. *Vase [doña URRACA]. Sale un CRIADO y entrega al REY una carta. El REY la lee y después dice*

REY: Resuelto está él de Aragón, pero ha de ver algún día que es Calahorra tan mía como Castilla y León; que pues letras y letrados tan varios en esto están, mejor lo averiguarán con las armas los soldados. Remitir quiero a la espada esta justicia que sigo, y al mío Cid, al mi Rodrigo, encargalle esta jornada. En mi palabra fiado lo he llamado.

ARIAS: ¿Y ha venido?

DIEGO: Si tu carta ha recibido con tus alas ha volado.

Sale otro CRIADO

CRIADO: Jimena pide licencia para besarte la mano.

REY: Tiene del conde Lozano la arrogancia y la impaciencia. Siempre la tengo a mis pies descompuesta y querellosa.

DIEGO: Es honrada y es hermosa.

REY: Importuna también es. A disgusto me provoca el ver entre sus enojos, lágrimas siempre en sus ojos, justicia siempre en su boca. Nunca imaginara tal; siempre sus querellas sigo.

ARIAS: Pues yo sé que ella y Rodrigo, señor, no se quieren mal. Pero así de la malicia defenderá la opinión, o quizá satisfacción pide, pidiendo justicia; y el tratar el casamiento de Rodrigo con Jimena será alivio de su pena.

REY: Yo estuve en tu pensamiento, pero no lo osé intentar por no crecer su disgusto.

DIEGO: Merced fuera, y fuera justo.

REY: ¿Quiérense bien?

ARIAS: No hay dudar.

REY: ¿Tú lo sabes?

ARIAS: Lo sospecho.

REY: Para intentallo, ¿qué haré? ¿De qué manera podré averiguallo en su pecho?

ARIAS: Dejándome el cargo a mí, haré una prueba bastante.

REY: Dile que entre.

ARIAS: Este diamante he de probar. *Al CRIADO Oye.*

CRIADO: Di. *El primer CRIADO habla al oído con ARIAS Gonzalo, y el otro sale a avisar a JIMENA*

REY: En el alma gustaría de gozar tan buen vasallo libremente.

DIEGO: Imaginallo hace inmensa mi alegría.

Sale JIMENA Gómez

JIMENA: Cada día que amanece, veo quien mató a mi padre, caballero en un caballo, y en su mano un gavilán. A mi casa de placer donde alivio mi pesar, curioso, libre y ligero, mira escucha, viene y va, y por hacerme despecho dispara a mi palomar flechas, que a los vientos tira, y en el corazón me dan; mátame mis palomicas criadas, y por criar; la sangre que sale de ellas me ha salpicado el bríal. Enviéselo a decir, envíome a amenazar con que ha de dejar sin vida cuerpo que sin alma está.

Rey que no hace justicia no debería de reinar, ni pasear en caballo ni con la reina folgar.

¡Justicia, buen rey, justicia!

REY: ¡Baste, Jimena, no más!

DIEGO: Perdonad, gentil señora, y vos, buen rey, perdonad, que lo que agora dijiste sospecho que lo soñáis; pensando vuestras venganzas, si os desvanece el llorar, lo habréis soñado esta noche, y se os figura verdad; que Rodrigo ha muchos días, señora, que ausente está, porque es ido en romería a Santiago. Ved, mirad cómo es posible ofenderos en eso que le culpáis.

JIMENA: Antes que se fuese ha sido. (¡Si podré disimular!) *Aparte* Ya en mi ofensa, que estoy loca sólo falta que digáis.

Dentro un CRIADO y el PORTERO

PORTERO: ¿Qué queréis?

CRIADO: Hablar al rey, ¡Dejadme, dejadme entrar!

Sale el primer CRIADO

REY: ¿Quién mi palacio alborota?

ARIAS: ¿Qué tenéis? ¿Adónde vais?

CRIADO: Nuevas te traigo, el buen rey, de desdicha, y de pesar; el mejor de tus vasallos perdiste, en el cielo está. El santo patrón de España venía de visitar, y salieronle al camino quinientos moros, y aun más. Y él, con veinte de los suyos, que acompañándole van, los acomete, enseñando a no volver paso atrás. Catorce heridas le han dado que la menor fue mortal. Ya es muerto el Cid, ya Jimena no tiene que se cansar, rey, en pedirte justicia.

DIEGO: ¡Ay, mi hijo! ¿Dónde estáis? (Que estas nuevas, aun oídas *Aparte* burlando, me hacen llorar.)

JIMENA: ¿Muerto es Rodrigo? ¿Rodrigo es muerto? ¡No puedo más! ¡Jesús mil veces!

REY: Jimena, ¿qué tenéis, que os desmayáis?

JIMENA: Tengo... un lazo en la garganta, y en el alma muchos hay!

REY: Vivo es Rodrigo, señora, que yo he querido probar si es que dice vuestra boca lo que en vuestro pecho está.

Ya os he visto el corazón; reportalde, sosegad.

JIMENA: (Si estoy turbada y corrida *Aparte* mal me puedo sosegar... Volveré por mi opinión... Ya sé el cómo. ¡Estoy mortal! ¡Ay, honor, cuánto me cuestas!) Si por agraviarme más te burlas de mi esperanza y pruebas mi libertad; si miras que soy mujer verás que lo aciertas mal; y sino ignoras, señor, que con gusto, o con piedad, tanto atribula un placer como congoja un pesar, verás que con nuevas tales me pudo el pecho asaltar el placer, no la congoja. Y en prueba de esta

verdad, hagan públicos pregones desde la mayor ciudad hasta en la menor aldea, en los campos y en la mar, y en mi nombre, dando el tuyo bastante seguridad, que quien me dé la cabeza de Rodrigo de Vivar, le daré, con cuanta hacienda tiene la casa de Orgaz, mi persona, si la suya me igualare en calidad. Y si no es su sangre hidalga de conocido solar, lleve, con mi gracia entera, de mi hacienda la mitad. Y si esto no hace, rey, propios y extraños dirán que, tras quitarme el honor, no hay en ti, para reinar, ni prudencia, ni razón, ni justicia, ni piedad.

REY: ¡Fuerte cosa habéis pedido! No más llanto; bueno está.

DIEGO: Y yo también, yo, señor, suplico a tu majestad que por dar gusto a Jimena, en un pregón general asegures lo que ofrece con tu palabra real; que a mí no me da cuidado; que en Rodrigo de Vivar muy alta está la cabeza, y el que alcanzalla querrá más que gigante ha de ser, y en el mundo pocos hay.

REY: Pues las partes se conforman, ¡ea, Jimena, ordenad a vuestro gusto el pregón!

JIMENA: Los pies te quiero besar.

ARIAS: (¡Grande valor de mujer!) *Aparte*

DIEGO: (No tiene el mundo su igual.) *Aparte*

JIMENA: (La vida te doy; perdona, *Aparte* honor, si te debo más.)

Vanse. Salen el Cid RODRIGO, y dos SOLDADOS suyos, y el

PASTOR en hábito de lacayo; y [luego sale un] GAFO dic [iendo el primer parlamento] de dentro, [y después de salir] sacando las manos y lo demás del cuerpo muy llagado y asqueroso

GAFO: ¿No hay un cristiano que acuda a mi gran necesidad?

RODRIGO: Esos caballos atad... ¿Fueron voces? SOLDADO 1: Son, sin duda.

RODRIGO: ¿Qué puede ser? El cuidado hace la piedad mayor. ¿Oyes algo? SOLDADO 2: No, señor.

RODRIGO: Pues nos hemos apeado, escuchad...

PASTOR: No escucho cosa. SOLDADO 1: Yo tampoco. SOLDADO 2: Yo tampoco.

RODRIGO: Tendamos la vista un poco por esta campaña hermosa, que aquí esperaremos bien los demás; propio lugar para poder descansar.

PASTOR: Y para comer también. SOLDADO 1: ¿Traes algo en el arzón? SOLDADO 2: Una pierna de carnero. SOLDADO 1: Y yo una bota...

PASTOR: Esa quiero. SOLDADO 1: ...y casi entero un jamón.

RODRIGO: Apenas salido el sol, después de haber almorzado, ¿queréis comer?

PASTOR: Un bocado.

RODRIGO: A nuestro santo español primero gracias le hagamos, y después podréis comer.

PASTOR: Las gracias suélense hacer después de comer. ¡Comamos!

RODRIGO: Da a Dios el primer cuidado, que aún no tarda la comida.

PASTOR: ¡Hombre no he visto en mi vida tan devoto y tan soldado!

RODRIGO: ¿Y es estorbo el ser devoto al ser soldado?

PASTOR: Sí, es. ¿A qué soldado no ves desalmado o boquirroto?

RODRIGO: Muchos hay; y ten en poco siempre a cualquiera soldado hablador y desalmado, porque es gallina o es loco. Y los que en su devoción a sus tiempos concertada le dan filos a la espada, mejores soldados son.

PASTOR: Con todo, en esta jornada, da risa tu devoción con dorada guarnición, y con espuela dorada, con plumas en el sombrero, a caballo, y en la mano un rosario.

RODRIGO: El ser cristiano no impide al ser caballero. Para general consuelo de todos, la mano diestra de Dios mil caminos muestra, y por todos se va al cielo. Y así, el que fuere guiado por el mundo peregrino ha de buscar el camino que diga con el estado. Para el bien que se promete de un alma limpia y sencilla, lleve el fraile su capilla, y el clérigo su bonete, y su capote doblado lleve el tosco labrador, que quizá acierta mejor por el surco de su arado. Y el soldado y caballero, si lleva buena intención, con dorada guarnición, con plumas en el sombrero, a caballo, y con dorada espuela, galán divino, si no es que yerra el camino hará bien esta jornada; porque al cielo caminando ya llorando, ya riendo, van los unos padeciendo, y los otros peleando.

GAFO: ¿No hay un cristiano, un amigo de Dios?

RODRIGO: ¿Qué vuelvo a escuchar?

GAFO: ¡No con sólo pelear se gana el cielo, Rodrigo!

RODRIGO: Llegad; de aquel tremedal salió la voz.

GAFO: ¡Un hermano en Cristo, déme la mano, saldré de aquí.

PASTOR: ¡No haré tal! Que está gafa y asquerosa. SOLDADO 1: No me atrevo.

GAFO: ¡Oíed un poco, por Cristo! SOLDADO 2: Ni yo tampoco.

RODRIGO: Yo sí, que es obra piadosa, *Sácale de las manos* y aun te besaré la mano.
GAFO: Todo es menester, Rodrigo; matar allá al enemigo, y valer aquí al hermano.
RODRIGO: Es para mí gran consuelo esta cristiana piedad.
GAFO: Las obras de caridad son escalones del cielo. Y en un caballero son tan propias, y tan lucidas, que deben ser admitidas por precisa obligación. Por ellas un caballero subirá de grada en grada, cubierto en lanza y espada con oro el luciente acero; y con plumas, si es que acierta la ligereza del vuelo, no haya miedo que en el cielo halle cerrada la puerta. ¡Ah, buen Rodrigo!
RODRIGO: Buen hombre, ¿qué Ángel...llega, tente, toca, ...habla por tu enferma boca? ¿Cómo me sabes el nombre?
GAFO: Oíte nombrar viniendo agora por el camino.
RODRIGO: Algún misterio imagino en lo que te estoy oyendo. ¿Qué desdicha en tal lugar te puso?
GAFO: ¡Dicha sería! Por el camino venía, desviéme a descansar, y como casi mortal torcí el paso, erré el sendero, por aquel derrumbadero caí en aquel tremedal, donde ha dos días cabales que no como.
RODRIGO: ¡Que extrañeza! Sabe Dios con qué terneza contemplo aflicciones tales. A mí, ¿qué me debe Dios más que a ti? Y porque es servido, lo que es suyo ha repartido desigualmente en los dos. Pues no tengo más virtud, tan de hueso y carne soy, y gracias al cielo, estoy con hacienda y con salud, con igualdad nos podía tratar; y así, es justo darte de los que quitó en tu parte para añadir en la mía. Esas carnes laceradas

Cúbrele con un gabán cubrid con ese gabán. ¿Las acémilas vendrán tan presto?

PASTOR: Vienen pesadas.
RODRIGO: Pues de eso podéis traer que a los arzones venía.
PASTOR: Gana de comer tenía, mas ya no podré comer, porque esa lepra de modo me ha el estómago revuelto... SOLDADO 1: Yo también estoy resuelto de no comer.
SOLDADO 2: Y yo, y todo. Un plato viene no más que por desdicha aquí está.
RODRIGO: Ése solo bastará. SOLDADO 2: Tú, señor, comer podrás en el suelo.
RODRIGO: No, que a Dios no le quiero ser ingrato. *Al GAFO* Llegad, comed, que en un plato hemos de comer los dos.

Siéntanse los dos y comen SOLDADO 1: ¡Asco tengo! SOLDADO 2: Vomitar quería!

PASTOR: ¿Vello podéis?
RODRIGO: Ya entiendo el mal que tenéis, allá os podéis apartar. Solos aquí nos dejad si es que el asco os alborota.
PASTOR: ¡El dejaros con la bota me pesa, Dios es verdad! *Vanse el PASTOR y los SOLDADOS*
GAFO: ¡Dios os lo pague!
RODRIGO: Comed.
GAFO: ¡Bastantemente he comido, gloria a Dios!
RODRIGO: Bien poco ha sido. Bebed, hermano, bebed. Descansá.
GAFO: El divino Dueño de todo, siempre pagó.
RODRIGO: Dormid un poco, que yo quiero guardaros el sueño. Aquí estaré a vuestro lado. Pero... yo me duermo...¿hay tal? No parece natural este sueño que me ha dado. A Dios me encomiendo, y sigo en todo... su voluntad...

Duérmese

GAFO: ¡Oh, gran valor! ¡Gran bondad! ¡Oh, gran Cid! ¡Oh gran Rodrigo! ¡Oh, gran capitán cristiano! Dicha es tuya, y suerte es mía, pues todo el cielo te envía la bendición por mi mano, y el mismo Espíritu Santo este aliento por mi boca. *El GAFO alíéntale por las espaldas, y desaparecese; y el Cid váyase despertando a espacio, porque tenga tiempo de vestirse el GAFO de San Lázaro*
RODRIGO: ¿Quién me enciende? ¿Quién me toca? ¡Jesús! ¡Cielo, cielo santo! ¿Qué es del pobre? ¿Qué se ha hecho? ¿Qué fuego lento me abrasa, que como rayo me pasa de las espaldas al pecho? ¿Quién sería? El pensamiento lo adivina, y Dios los sabe. ¡Qué olor tan dulce y süave dejó su divino aliento! Aquí se dejó el gabán, seguiréle sus pisadas... ¡Válgame Dios! Señaladas hasta en las peñas están. Seguir quiero sin recelo sus pasos...

Sale arriba con una tunicela blanca el GAFO que es San Lázaro

GAFO: ¡Vuelve, Rodrigo!

RODRIGO: ...que yo sé que si los sigo me llevarán hasta el cielo. Ahora siento que pasa con más fuerza y más vigor aquel vaho, aquel calor que me consuela y me abraza.

GAFO: ¡San Lázaro soy, Rodrigo! Yo fui el pobre a quien honraste; y tanto a Dios agradaste con lo que hiciste conmigo, que serás un imposible en nuestros siglos famoso, un capitán milagroso, un vencedor invencible; y tanto, que sólo a ti los humanos te han de ver después de muerto vencer. Y en prueba de que es así en sintiendo aquel vapor, aquel soberano aliento que por la espalda violento te pasa al pecho el calor, emprende cualquier hazaña, solicita cualquier gloria, pues te ofrece la victoria el santo patrón de España. Y ve, pues tan cerca estás, que tu rey te ha menester. *Desparécese*

RODRIGO: Alas quisiera tener y seguirte donde vas. Mas, pues el cielo, volando, sus nubes te encierra, lo que pisaste en la tierra iré siguiendo y besando. *Vase. Salen el REY don Fernando, DIEGO Laínez, ARIAS Gonzalo y Per ANSURES*

REY: Tanto de vosotros fio, parientes...

ARIAS: ¡Honrarnos quieres!

REY: ...que a vuestros tres pareceres quiero remitir el mío. Y así, dudoso y perplejo, la respuesta he dilatado, porque de un largo cuidado nace un maduro consejo. Propóneme el de Aragón, que es un grande inconveniente el juntarse tanta gente por tan leve pretensión, y cosa por inhumana, que nuestras hazañas borra, el comprar a Calahorra con tanta sangre cristiana; y que así, de esta jornada la justicia y el derecho se remita a solo un pecho una lanza y una espada, que peleará por él contra el que fuere por mí, para que se acabe así guerra, aunque justa, crüel. Y sea del vencedor Calahorra, y todo, en fin, lo remite a don Martín González, su embajador.

DIEGO: No hay negar que es cristiandad bien fundada y bien medida excusar con una vida tantas muertes.

ANSURES: Es verdad. Mas tiene el Aragonés al que ves, su embajador, por manos de su valor y por basa de sus pies. Es don Martín un gigante en fuerzas y en proporción, un Rodamonte, un Milón, un Alcides, un Atlante. Y así, apoya sus cuidados en él solo, habiendo sido quizá no estar prevenido de dineros y soldados. Y así, harás mal si aventuras remitiendo esta jornada a una lanza y a una espada, lo que en tantas te aseguras, y viendo en brazo tan fiero el acerada cuchilla...

ARIAS: ¿Y no hay espada en Castilla que sea también de acero?

DIEGO: ¿Faltará acá un castellano, si hay allá un aragonés, para basa de tus pies, para valor de tu mano? ¿Ha de faltar un Atlante que apoye tu pretensión, un árbol a ese Milón, y un David a ese gigante?

REY: Días ha que en mi corona miran mi respuesta en duda, y no hay un hombre que acuda a ofrecerme su persona.

ANSURES: Temen el valor profundo de este hombre, y no es maravilla que atemorice a Castilla un hombre que asombra el mundo.

DIEGO: ¡Ah, Castilla! ¿A qué has llegado?

ARIAS: Con espadas y consejos no han de faltarte los viejos, pues los mozos te han faltado. Yo saldré, y, rey, no te espante el fiar de mí este hecho; que cualquier honrado pecho tiene el corazón gigante.

REY: ¡Arias Gonzalo!...

ARIAS: Señor, de mí te sirve y confía, que aún no es mi sangre tan fría, que no hierva en mí valor.

REY: Yo estimo esa voluntad al peso de mi corona; pero ¡alzado! Vuestra persona no ha de aventurarse. ¡Alzado! No digo por una villa, mas por todo el interés del mundo.

ARIAS: Señor, ¿no ves que pierde opinión Castilla?

REY: No pierde; que a cargo mío, que le di tanta opinión, queda su heroica blasón que de mis gentes confío. Y ganará el interés no sólo de Calahorra, mas pienso hacelle que corra todo el reino aragonés. Haced que entre don Martín. *Vase un CRIADO y sale otro [CRIADO]*

CRIADO: Rodrigo viene.

REY: ¡A buena hora! ¡Entre!

DIEGO: ¡Ay, cielo!

REY: En todo agora espero dichoso fin.

Salen por una puerta don MARTÍN González y por otra RODRIGO MARTÍN: Rey poderoso en Castilla...

RODRIGO: Rey, en todo el mundo, magno... MARTÍN: ¡Guárdete el cielo!

RODRIGO: Tu mano honre al que a tus pies se humilla.

REY: Cubrios, don Martín. Mío Cid, levantaos. Embajador sentaos. MARTÍN: Así estoy mejor.

REY: Así os escucho. Decid. MARTÍN: Sólo suplicarte quiero...

RODRIGO: (¡Notable arrogancia es ésta!) *Aparte* MARTÍN: ...que me des una respuesta, que ha dos meses que la espero. ¿Tienes algún castellano, a quien tu justicia des, que espere un aragonés cuerpo a cuerpo y mano a mano? Pronuncie una espada el fallo, dé una victoria la ley; gane Calahorra el rey que tenga mejor vasallo. Deje Aragón y Castilla de verter sangre española, pues basta una gota sola para el precio de una villa.

REY: En Castilla hay tantos buenos, que puedo en su confianza mi justicia y me esperanza fiarle al que vale menos. Y a cualquier señalaría de todos, si no pensase que si a una señalase, los demás ofendería. Y así, para no escoger, ofendiendo tanta gente, mi justicia solamente fiaré de mi poder. Arbolaré mis banderas con divisas diferentes; cubriré el suelo de gentes naturales y extranjeros; marcharán mis capitanes con ellas; verá Aragón la fuerza de mi razón escrita en mis tafetanes. Esto haré; y lo que le toca hará tu rey contra mí. MARTÍN: Esa respuesta le di, antes de oílla en tu boca; porque teniendo esta mano por suya el aragonés, no era justo que a mis pies se atreviera un castellano.

RODRIGO: (¡Reviento!) *Aparte* Con tu licencia quiero responder, señor; que ya es falta del valor sobrar tanto la paciencia. Don Martín, los castellanos, con los pies a vencer hechos, suelen romper muchos pechos, atropellar muchas manos, y sujetar muchos cuellos; y por mí su majestad te hará ver esta verdad en favor de todos ellos.

MARTÍN: El que está en aquella silla tiene prudencia y valor; no querrá...

RODRIGO: ¡Vuelve señor, por la opinión de Castilla! Esto el mundo ha de saber, eso el cielo ha de mirar; sabes que sé pelear y sabes que sé vencer. Pues, ¿cómo, rey, es razón que por no perder Castilla el interés de una villa pierda un mundo de opinión? ¿Qué dirán, rey soberano, el alemán y el francés, que contra un aragonés no has tenido un castellano? Si es que dudas en el fin de esta empresa, a que me obligo, ¡salga al campo don Rodrigo aunque venza don Martín! Pues es tan cierto y sabido cuánto peor viene a ser el no salir a vencer, que saliendo, el ser vencido.

REY: Levanta, pues me levantas el ánimo. En ti confío, Rodrigo; el imperio mío es tuyo.

RODRIGO: Beso tus plantas.

REY: ¡Buen Cid!

RODRIGO: ¡El cielo te guarde!

REY: Sal en mi nombre a esta lid. MARTÍN: ¿Tú eres a quien llama Cid algún morillo cobarde?

RODRIGO: Delante mi rey estoy, mas yo te daré en campaña la respuesta. MARTÍN: ¿Quién te engaña? ¿Tú eres Rodrigo?

RODRIGO: Yo soy. MARTÍN: ¿Tú a campaña?

RODRIGO: ¿No soy hombre? MARTÍN: ¿Conmigo?

RODRIGO: ¡Arrogante estás! Sí, y allí conocerás mis obras como mi nombre. MARTÍN: Pues, ¿tú te atreves, Rodrigo, no tan sólo a no temblar de mí, pero a pelear, y cuando menos, conmigo? ¿Piensas mostrar tus poderes, no contra arneses y escudos, sino entre pechos desnudos, con hombre medio mujeres, con los moros, en quien son los alfanges de oropel, las adargas de papel, y los brazos de algodón? ¿No adviertes que quedarás sin el alma que te anima, si deo caerte encima una manopla no más? ¡Ve allá, y vence a tus morillos, y huye aquí de mis rigores!

RODRIGO: ¡Nunca perros ladradores tienen valientes colmillos! Y así, sin tanto ladrar, sólo quiero responder que, animoso por vencer, saldré al campo a pelear; y fundado en la razón que tiene su majestad, pondré yo la voluntad, y el cielo la permisión.

MARTÍN: ¡Ea! Pues quieres morir, con matarte, pues es justo, a dos cosas de mi gusto con una quiero acudir. ¿Al que diere la cabeza de Rodrigo, la hermosura de Jimena no asegura en un pregón vuestra alteza?

REY: Sí, aseguro. MARTÍN: Y yo soy quien me ofrezco dicha tan buena; porque, ¡por Dios, que Jimena me ha parecido muy bien! Su cabeza por los cielos, y a mí en sus manos, verás.

RODRIGO: (Agora me ofende más *Aparte* porque me abrasa con celos.) MARTÍN: Es pues, rey, la conclusión, en breve, por no cansarte, que donde el término parte Castilla con Aragón será el campo, y señalados jueces, los dos saldremos, y por seguro traeremos cada quinientos soldados. ¿Así quede?

REY: ¡Quede así!

RODRIGO: Y allí verás en tu mengua cuán diferente es la lengua que la espada. MARTÍN: Ve, que allí daré yo, aunque te socorra de tu arnés la mejor pieza, a Jimena tu cabeza y a mi rey a Calahorra. *Al REY*

RODRIGO: Al momento determino partir con tu bendición. MARTÍN: Como si fuera un halcón volaré por el camino.

REY: ¡Ve a vencer!

DIEGO: ¡Dios soberano te dé la victoria y palma, como te doy con el alma la bendición de la mano!

ARIAS: ¡Gran castellano tenemos en ti! MARTÍN: Yo voy.

RODRIGO: Yo te sigo. MARTÍN: ¡Allá me verás, Rodrigo!

RODRIGO: ¡Martín, allá nos veremos!

Vanse. Salen JIMENA y ELVIRA

JIMENA: Elvira, ya no hay consuelo para mi pecho afligido.

ELVIRA: Pues tú misma lo has querido ¿de quién te quejas?

JIMENA: ¡Ay, cielo!

ELVIRA: Para cumplir con tu honor por el decir de la gente, ¿no bastaba cuerdamente perseguir el matador de tu padre y de tu gusto, y no obligar con pregones a tan fuertes ocasiones de su muerte y tu disgusto?

JIMENA: ¿Qué pude hacer? ¡Ay, cuitada! Vime amante y ofendida, delante del rey corrida, y de corrida, turbada; y ofrecíome un pensamiento para excusa de mi mengua; dije aquello con la lengua, y con el alma lo siento, y más con esta esperanza que este aragonés previene.

ELVIRA: Don Martín González tiene ya en sus manos tu venganza. Y en el alma tu belleza con tan grande extremo arraiga, que no dudes que te traiga de Rodrigo la cabeza; que es hombre que tiene en poco todo un mundo, y no te asombres; que es espanto de los hombres, y de los niños el coco.

JIMENA: ¡Y es la muerte para mí! No me le nombres, Elvira; a mis desventuras mira. ¡En triste punto nací! ¡Consuélame! ¿No podría vencer Rodrigo? ¿Valor no tiene? Mas es mayor mi desdicha, porque es mía; y ésta... ¡ay, cielos soberanos! ELVIRA; Tan afligida no estés.

JIMENA: ...será grillos de sus pies, será esposa de sus manos; ella le atará en la lid donde le venza el contrario.

ELVIRA: Si por fuerte y temerario el mundo le llama "el Cid", quizá vencerá su dicha a la desdicha mayor.

JIMENA: ¡Gran prueba de su valor será el vencer mi desdicha!

Sale un PAJE

PAJE: Esta carta te han traído. Dice que es de don Martín González.

JIMENA: Mi amargo fin podré yo decir que ha sido. ¡Vete! ¡Elvira, llega, llega! *Vase el PAJE*

ELVIRA: La carta puedes leer.

JIMENA: Bien dices, si puedo ver; que de turbada estoy ciega. *Lee la carta* "El luto deja, Jimena, ponte vestidos de bodas, si es que mi gloria acomodas donde quitaré tu pena. De Rodrigo la cabeza te promete mi valor, por ser esclavo y señor de tu gusto y tu belleza. Agora parto a vencer vengando al conde Lozano; espera alegre una mano que tan dichosa ha de ser. Don Martín." ¡Ay, Dios! ¿Qué siento?

ELVIRA: ¿Dónde vas? ¿Hablar no puedes?

JIMENA: ¡A lastimar las pareces de mi cerrado aposento, a gemir, a suspirar!

ELVIRA: ¡Jesús!

JIMENA: ¡Voy ciega, estoy muerta! Ven enséñame la puerta por donde tengo de entrar.

ELVIRA: ¿Dónde vas?

JIMENA: Sigo, y adoro las sombras de mi enemigo. ¡Soy desdichada! ¡Ay, Rodrigo, yo te mato, y yo te lloro!

Vanse. Salen el REY don Fernando, ARIAS Gonzalo, DIEGO Laínez y Per ANSURES

REY: De don Sancho la braveza, que, como sabéis, es tanta que casi casi se atreve al respeto de mis canas; viendo que por puntos crecen el desamor, la arrogancia, el desprecio, la espereza con que a sus hermanos trata; como, en fin, padre, entre todos me ha obligado a que reparta mis reinos y mis estados, dando a pedazos el alma. De esta piedad, ¿qué os parece? Decid, Diego.

DIEGO: Que es extraña, y a toda razón de estado hace grande repugnancia. Si bien lo

advirtes, señor, mal prevalece una casa cuyas fuerzas, repartidas, es tan cierto el quedar flacas. Y el príncipe, mi señor, si en lo que dices le agravias, pues le dio el cielo braveza, tendrá razón de mostralla.

ANSURES: Señor, Alonso y García pues es una mesma estampa, pues de una materias misma los formó quien los ampara, si su hermano los persigue, si su hermano los maltrata, ¿qué será cuando suceda que a ser escuderos vayan de otros reyes a otros reinos? ¿Quedaré Castilla honrada?

ARIAS: Señor, también son tus hijas doña Elvira y doña Urraca, y no prometen buen fin mujeres desheredadas.

DIEGO: ¿Y si el príncipe don Sancho, cuyas bravezas espantan, cuyos prodigios admiran, advirtiese que le agravias? ¿Qué señala, qué promete, sino incendios en España? Así que, si bien lo miras, la misma, la misma causa que a lo que dices te incita, te obliga a que no lo hagas.

ARIAS: ¿Y es bien que su majestad, por temer esas desgracias, pierda sus hijos, que son pedazos de sus entrañas?

DIEGO: Siempre el provecho común de la religión cristiana importó más que los hijos; demás que será sin falta, si mezclando disensiones unos a otros se matan, que los perderá también.

ANSURES: Entre dilaciones largas eso es dudoso, esto cierto.

REY: Podrá ser, si el brío amaina don Sancho con la igualdad, que se humane.

DIEGO: No se humana su indomable corazón ni aun a las estrellas altas. Pero llámale, señor, y tu intención le declara, y así serás si en la suya tiene paso tu esperanza.

REY: Bien dices.

DIEGO: Ya viene allí.

Sale el PRÍNCIPE [don Sancho]

REY: Pienso que mi sangre os llama. Llegad, hijo; sentaos, hijo. PRÍNCIPE: Dame la mano.

REY: Tomalda. Como el peso de los años, sobre la ligera carga del cetro y de la corona, más presto a los reyes cansa, para que se eche de ver lo que va en la edad cansada de los trabajos del cuerpo a los cuidados del alma, siendo la veloz carrera de la frágil vida humana un hoy en los poseído y en los esperado un mañana, yo, hijo, que de mi vida en la segunda jornada, triste el día y puesto el sol, con la noche me amenaza, quiero, hijo, por salir de un cuidado, cuyas ansias a mi muerte precipitan cuando mi vida se acaba, que oyáis de mi testamento bien repartidas las mandas, por saber si vuestro gusto asegura mi esperanza. PRÍNCIPE: ¿Testamento hacen los reyes?

REY: (¡Qué con tiempo se declara!) *Aparte* No, hijo, de lo que heredan, mas pueden de lo que ganan. Vos heredáis, con Castilla, la Extremadura y Navarra, cuanto hay de Pisuerga a Ebro.

SANCHO: Eso me sobra.

REY: (¡En la cara *Aparte* se le ha visto el sentimiento!) PRÍNCIPE: (¡Fuego tengo en las entrañas!) *Aparte*

REY: De don Alonso es León y Asturias, con cuanto abraza Tierra de Campos; y deo a Galicia y a Vizcaya a don García. A mis hijas doña Elvira y doña Urraca doy a Toro y a Zamora, y que igualmente se partan el Infantado. Y con esto, si la del cielo os alcanza con la bendición que os doy, no podrá fuerzas humanas en vuestras fuerzas unidas, atropellar vuestras armas; que son muchas fuerzas juntas como un manajo de varas, que a rompellas no se atreve mano que no las abarca, más de por sí cada una cualquiera las despedaza. PRÍNCIPE: Si es ese ejemplo te fundas, señor, ¿es cosa acertada el dejallas divididas tú, que pudieras juntallas? ¿Por qué no juntas en mí todas las fuerzas de España? En quitarme lo que es mío, ¿no ves, padre, que me agravias?

REY: Don Sancho, príncipe, hijo, mira mejor que te engañas. Yo sólo heredé a Castilla; de tu madre doña Sancha fue León, y lo demás de mi mano y de mi espada. Lo que yo gané, ¿no puedo repartir con manos francas entre mis hijos, en quien tengo repartida el alma? PRÍNCIPE: Y a no ser rey de Castilla, ¿con qué gentes conquistaras lo que repartes agora? ¿Con qué haberes, con qué armas? Luego, si Castilla es mía por derecho, cosa es clara que al caudal, y no a la mano, se atribuye la ganancia. Tú, señor, mil años vivas; pero si mueres... ¡mi espada juntará lo que me quitas, y hará una fuerza de tantas!

REY: ¡Inobediente, rapaz, tu soberbia y tu arrogancia castigaré en un castillo!

ANSURES: (¡Notable altivez!) *Aparte*

ARIAS: (¡Extraña!) *Aparte* PRÍNCIPE: Mientras vives, todo es tuyo.

REY: ¡Mis maldiciones te caigan si mis mandas no obedeces! PRÍNCIPE: No siendo justas, no alcanzan.

REY: Estoy...

DIEGO: Mira vuestra alteza lo que dice; que más calla quien más siente. PRÍNCIPE: Callo ahora. *Al REY*

DIEGO: En esta experiencia clara verás mi razón, señor.

REY: ¡El corazón se me abrasa!

Sale JIMENA vestida de gala

DIEGO: ¿Qué novedades son éstas? ¿Jimena con oro y galas?

REY: ¿Cómo sin luto Jimena? ¿Qué ha sucedido? ¿Qué pasa?

JIMENA: (¡Muerto traigo el corazón! *Aparte* ¡Cielo! ¿Si podré fingir?) Acabé de recibir esta carta de Aragón; y como me da esperanza de que tendré buena suerte, el luto que di a la muerte me le quito a la venganza.

DIEGO: Luego... ¿Rodrigo es vencido?

JIMENA: Y muerto lo espero ya.

DIEGO: ¡Ay, hijo!...

REY: Presto vendrá certeza de lo que ha sido.

JIMENA: (Ésa he querido saber, *Aparte* y a queste achaque he tomado.) *A DIEGO Laínez*

REY: Sosegaos.

DIEGO: ¡Soy desdichado! *A JIMENA* Crüel eres.

JIMENA: Soy mujer.

DIEGO: Agora estarás contenta, si que murió mi Rodrigo.

JIMENA: (Si yo la venganza sigo, *Aparte* corre el alma la tormenta.)

Sale un CRIADO

REY: ¿Qué nuevas hay?

CRIADO: Que ha llegado de Aragón un caballero.

DIEGO: ¿Venció don Martín? ¡Yo muero!

CRIADO: Debí de ser...

DIEGO: ¡Ay, cuitado!

CRIADO: Que éste trae la cabeza de Rodrigo, y quiere dalla a Jimena.

JIMENA: (¡De tomalla *Aparte* me acabará la tristeza!) PRÍNCIPE: ¡No quedará en Aragón una almena, vive el cielo!

JIMENA: (¡Ay, Rodrigo! ¡Este consuelo *Aparte* me queda en esta aflicción!) ¡Rey Fernando! ¡Caballeros! Oíd mi desdicha inmensa, pues no me queda en el alma más sufrimiento y más fuerza. ¡A voces quiero decillo, que quiero que el mundo entienda cuánto me cuesta el ser noble, y cuánto el honor me cuesta! De Rodrigo de Vivar adoré siempre las prendas y por cumplir con las leyes —¡que nunca el mundo tuviera!— procuré la muerte suya, tan a costa de mis penas, que agora la misma espada que ha cortado su cabeza cortó el hilo de mi vida.

Sale doña URRACA

URRACA: Como he sabido tu pena he venido. (¡Y como mía *Aparte* hartas lágrimas me cuesta!)

JIMENA: Mas, pues soy tan desdichada, tu majestad no consienta que ese don Martín González esa mano injusta y fiera quiera dármele de esposo; conténtese con mi hacienda. Que mi persona, señor, si no es que el cielo la lleva, llevarála a un monasterio.

REY: Consolaos, alzad, Jimena.

Sale RODRIGO

DIEGO: ¡Hijo! ¡Rodrigo!

JIMENA: ¡Ay, de mí! ¿Si son soñadas quimeras? PRÍNCIPE: ¡Rodrigo!

RODRIGO: Tu majestad me dé los pies, y tu alteza.

URRACA: (Vivo le quiero, aunque ingrato.) *Aparte*

REY: De tan mentirosas nuevas, ¿dónde está quien fue el autor?

RODRIGO: Antes fueron verdaderas. Que si bien lo adviertes, yo no mandé decir en ellas sino sólo que venía a presentalle a Jimena la cabeza de Rodrigo en tu estrado, en tu presencia, de Aragón un caballero; y esto es, señor, cosa cierta, pues yo vengo de Aragón, y no vengo sin cabeza, y la de Martín González está en mi lanza allí

fuera; y ésta le presento agora en sus manos a Jimena.
Y pues ella en sus pregones no dijo viva ni muerta, ni cortada, pues le doy de Rodrigo la cabeza, ya me debe el ser mi esposa; mas si su rigor me niega este premio, con mi espada puede cortalla ella mesma.

REY: Rodrigo tiene razón; yo pronuncio la sentencia en su favor.
JIMENA: (¡Ay, de mí! *Aparte* Impíedeme la vergüenza.) PRÍNCIPE: ¡Jimena, hacedlo por mí!
ARIAS: ¡Esas dudas no os detengan!
ANSURES: Muy bien os está, sobrina.
JIMENA: Haré lo que el cielo ordena.
RODRIGO: ¡Dicha grande! ¡Soy tu esposo!
JIMENA: ¡Y yo tuya!
DIEGO: ¡Suerte inmensa!
URRACA: (¡Ya del corazón te arrojo, *Aparte* ingrato!)
REY: Esta noche mesma vamos, y os desposará el obispo de Placencia. PRÍNCIPE: Y yo he de ser el padrino.
RODRIGO: Y acaben de esta manera las mocedades del Cid, y las bodas de Jimena.